

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 60.
Número suelto 4 rs.

NUM. 48.—SABADO 29 DE NOVIEMBRE DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: AÑO 80.

CRONICA MATRITENSE

DE NOVIEMBRE.

«Dichoso mes, que entras con Todos Santos, medias con San Eugenio y acabas con San Andrés».—Así decían nuestros abuelos en aquellos tiempos felices en que no se conocía otro calendario que el religioso, y en que las festividades de la Iglesia eran los únicos puntos que marcaban las diversas épocas del año en tal era de apacible tranquilidad y beatitud.—Ahora, bendito Dios, es otra cosa.—La vida pública y los derechos imprescriptibles que hemos adivinado y ganado á fuerza de pulmones y de tinta, nos marcan en cada mes, en cada semana, en cada día nuevas ocasiones en que lucirnós, nuevas solemnidades en que regocijarnos, fuera de aquellas en que como todo fiel cristiano estamos obligados á tener devoción.

El mes que termina, por ejemplo, ha sido una buena prueba de estas conquistas de nuestra moderna cultura, y nos ha presentado á manos llenas ocasiones brillantes en que hacer suntuoso alarde de aquellos soberanos derechos civiles, amén de los religiosos deberes á que la santa Iglesia nos invitaba, en mas de una solemne ceremonia.

Abriéronse en 1.º del mes las urnas electorales para recibir los votos simpáticos de los electores hácia aquellos de sus convecinos que juzgáron dignos de representar á la heroica villa en las procesiones y fiestas públicas, en la plaza de toros y en la sala consistorial; y no hay que decir el placer inefable, el entusiasmo y orgullo con que todos acudiríamos á ejercer el acto sublime de depositar en la urna de la opinion aquella papeleta que nos circularon las comisiones del barrio con los nombres de los ciudadanos que la dicha opinion designaba de oficio, y que obtenian las mayores simpatías hasta de los electores que jamás los habian oido nombrar.

—Primera apertura del mes; primer derecho cumplido.

Aquel mismo día, víspera del otro en que la santa madre Iglesia hace la conmemoración de los fieles difuntos, se abrieron también sus funebres moradas para recibir las visitas de deu-

dos y amigos; y los sagrados templos para escuchar las plegarias por su eterno descanso.—Unos y otros estuvieron concurridísimos, y en unos y otros brillaron por su modestia la fé y la devoción de una parte del pueblo, sobre el fingido aparato y las demostraciones de la vanidad arregladas al último figurin.—Aquellos, animados de una verdadera ternura, de una sincera piedad, regaron con sus lágrimas la modesta huesa donde yacen en comun las prendas de su cariño; estos, movidos mas bien por el orgullo mundanal, adornaron con festones y coronas las marmóreas tumbas de sus parientes, hicieron quemar delante de ellas fúnebres antorchas, y enviaron á sus lacayos y dependientes á llorar de ceremonia, y vestidos de gran gala.—Todos, sin embargo, y cada cual á su manera, usamos de este derecho, del derecho de contemplar nuestra última mansion, y visitamos con preferencia aquellos de estos establecimientos, que por su mayor lujo ó por su moderna construcción estan mas de moda; que hasta en ellos la fútil deidad ha llegado á estender su poderío.

Tras de esta segunda apertura del mes, vino á los días siguientes la de la representación nacional, exornada con el aparato correspondiente, y ha seguido desde entonces ofreciendo sus funciones diarias y á grande orquesta, con entradas llenas, y salidas... vacías, hasta ahora de cosa de provecho, á no ser la de haber permitido á nuestros padres ejercer el derecho imprescriptible de cansar sus pulmones y mostrar que estaban en voz.

La apertura del teatro francés, verificada en los mismos

días, llamó al antiguo coliseo de la Cruz á toda la concurrencia *com'il faut*, y merced á cuatro pesetas por la luneta (léase *stalle*), y otras tres por un par de guantes pajizos, todos pudimos hacernos la ilusión de creernos trasportados por algunas horas á la *rue Richelieu*, ó al *boulevard des Italiens*, ilusión por cierto de que volvíamos rápidamente al hallarnos á la salida del teatro en el antiguo callejon del Gato, ó en el estrecho albañal de Majaderitos.—Pero de esta apertura, y de las demás funciones públicas no queremos ocuparnos, por haberlo ya hecho en su tiempo todos los periódicos de Madrid, incluso el nuestro, y no ser tampoco esta la especialidad del artículo actual.

También la sociedad literaria tuvo su apertura por aquellas calendas, en la solemne inauguración de las cátedras del Ateneo, que tienen el privilegio de atraer á sus salones, desde la instalación del mismo en 1835, la parte mas escogida de la sociedad política y literaria de la corte; y á la verdad que este año debió quedar altamente satisfecha con el admirable discurso inaugural pronunciado por el señor don José Joaquín de Mora, uno de los pocos restos venerables que ya quedan de los tiempos en que el saber no se improvisaba, sino que era fruto de profundos estudios, vigiliás y tareas.

Por último hasta la plebe infeliz, hasta el pueblo sensual y descuidado, ha tenido y celebrado en este bendito mes sus aperturas y ejecutado sus derechos mas caros.—Se ha abierto á los intrépidos aficionados (escepto los ancianos y muchachos) el circo nacional, con valientes novillos embolados, que

les han proporcionado la ocasion de describir parábolas en los aires ó buscar su centro de gravedad;—se han abierto á sus piés salones de picadero donde pueden trotar y hacer cabriolas á su sabor;—se han abierto á sus bocas los montes del Pardo, brindándoles el sabroso y primitivo manjar del siglo de oro;—y por último, en el mismo día en que se abrian todas estas cosas, se abria también por disposición de la autoridad la *San Bartolomé* del sustancioso mamífero proscrito en la ley de Moisés, ó en términos prosaicos, la matanza oficial del ganado de cerda, que proporciona á todo cristiano viejo sus succulentos lomos, sus sabrosas salchichas, embuchados y morcillas; todo esto amén de que por costumbre



Convoy inglés atacado por los cafres.

inmemorial y autorizada era tambien el mismo dia el dia clásico de los buñuelos, hojaldres y panecillos.—¿Qué de aperturas en un mes! ¿Qué de derechos imprescriptibles que disfrutar!

Esto en cuanto á los religiosos, políticos y civiles, movibles y manducables; que no acabáramos si quisiéramos hablar de otros derechos que tambien hemos tenido ocasion en el presente mes de hacer efectivos, v. g. los municipales, territoriales, industriales y de consumo, que todos son derechos, sino imprescriptibles, por lo menos adelantados y obligatorios, que para el caso es lo mismo.

El único de los derechos que nos ha sido negado ó suspendido por la Providencia divina en el presente mes, ha sido el de pasear nuestras personas al sol, y regalarnos con el templado ambiente de la primera quincena de noviembre, que en todos los pueblos de la Europa meridional, y en Madrid especialmente, es conocida por el título de *el veranillo de San Martin*.—Este año, bendito Dios, merced á algun arreglo ministerial de allá arriba, se ha inhibido de este negociado al santo obispo de Tours, para pasarle quizá al apóstol que cierra la mesada, que sin duda ha sido elevado con esta ocasion á ministro del Fomento, cambiando tambien la denominacion del ramo con el título de *veranillo de San Andres*.—Lo mismo da seguramente para los que sobrevivimos al arreglo; en cuanto á los que fallecieron, ó quedaron cesantes por él, merced á los desapacibles nortes y nordestes del dicho periodo, pueden descansar en la seguridad de que se tendrán presentes sus servicios y circunstancias para mejor ocasion.

de-funciones (contestaba el alcalde de un pueblo de estas cercanías al interrogatorio del jefe político sobre el movimiento de aquella poblacion) *no ha habido otra que la de San Sebastian*;—En el presente mes, de funciones no ha habido notables mas que la de San Eugenio, que se celebra en este arzobispado atracándose de bellotas en el monte del Pardo;—la de los dias de S. M. la Reina, que su augusta madre solemnizó con un magnifico baile; y la del domingo 23, en que se verificó por el clero y autoridades la solemne rogativa de costumbre por haber entrado S. M. en el último mes de su preñez.

Pero en cuanto á *defunciones* (que era lo que queria preguntar el culto jefe político al lego alcalde de San Sebastian), el mes de noviembre quedará señalado con piedra negra en los fastos de 1834. El suave vientecillo nordeste, humedecido con las moléculas níveas del Somosierra, y apellidado *aire de Madrid, que mata á un gigante y no apaga un candil*; reforzado de vez en cuando por los violentos aguilonos que desnudan nuestros árboles de sus amarillentas hojas, y cubren de escarcha nuestras áridas campiñas, se han llevado de calle multitud de habitantes de la heroica villa, merced á sus rápidos procedimientos de pulmonías y congestiones fulminantes.—Entre estas desgraciadas ocurrencias, ha habido que lamentar la pérdida de varias de las eminencias sociales, de las cuales las mas visibles por su posicion fueron, el Excelentísimo Patriarca de las Indias, señor Posada; el señor Gamazo, último abad de San Martin; el señor Miñano, comisario general de los Santos Lugares; la Excelentísima señora duquesa de Villahermosa, y la Excelentísima señora marquesa de Santa Cruz; lamentables pérdidas todas ellas respectivamente para Iglesia, para el Estado, y para la mas alta sociedad de la corte.

Ciertamente que la muerte en estos últimos tiempos parece haberse ensañado contra las mas elevadas jerarquías. Todavía no hace mas que diez y ocho años que falleció el último rey, y ya toda la grandeza de su corte ha visto renovado su personal, quedando solo diez ó doce vivos de los titulares de las primeras casas en vida de Fernando VII.—Estos pocos, que todavía le sobreviven, son los venerables duques de Bailen y de Castro-terreno, el de Híjar, el de Villa-hermosa, y el de Veraguas; los marqueses de Malpica, Alcañices, Valmediario, y Miraflores, y los condes de Santa Coloma, Cerbellon y Pino-hermoso.—Pero en cambio han bajado al sepulcro en este corto periodo de diez y ocho años (y muchos en lo mejor de su edad), los duques de San Fernando, de Osuna, del Infantado, de Alagon, de Abrantes, de Rivas, de Frias, de Medinaceli, de Alba, de Benavente, de Noblejas, de la Roca, de Montellano, de Granada, de Gor, y de Zaragoza; los príncipes de Anglona y de la Paz; los marqueses de Santa Cruz, de Santiago, de Bélgida, de Camarasa, de Ariza, de Povar, de Cerralvo, de Valverde, de Pontejos, de Castelar, de Campo-sagrado, de San Martin, de Monasterio y de Albaida; y los condes de Altamira, de Oñate, de Chinchon, de Puñon-rostro, de San Roman, de Miranda, de Fuentes, de Bornos, de Montijo, de Campo Alanje, de Torenó, de Corres, de Mora, de Parsent, de Torrejon y de Ofalia.—Esto solo de los grandes de primera clase, que si tendemos la vista por los altos personajes religiosos, políticos y militares de aquella época tan cercana, hallaremos haber desaparecido ya de entre los vivos todos ó casi todos los arzobispos y obispos que asistieron en 1833 á la jura de la princesa de Asturias; los ministros de los diez años, Calomarde, Zambrano, Alcudia, Salazar y Pinofiel; los generales célebres, Amarillas, Eguía, España, Cartagena, Venadito, Saarsiel, Quesada, Casarria, Valdés, Llauder, Odonell, Canterac, Mina, Vives, Eroles, Alós etc.; el presidente de Castilla, Puig de Samper; el comisario de Cruzada, Varela, y otros infinitos personajes que figuraron en primera linea en la historia contemporánea, aunque de estos no hay que extrañar su muerte por haber solo llegado á tan altos puestos en una edad avanzada.

Otra generacion, otros principios, otras ideas les han sucedido, y si ahora levantarán de nuevo la cabeza, creéranse extraños en una sociedad tan diversa, aunque cercana; y apenas en el mismo Senado (panteon de las celebridades políticas) hallarian con quien departir sobre los sucesos y los hombres de su época: *sic transit gloria mundi!*

EL CRONISTA.

Convoy inglés atacado por los cafres.

Desde principios de este año se ha ocupado la prensa en manifestar las inmensas dificultades que la Inglaterra necesita superar para apoderarse de la América Meridional. La Cafreía es una nacion de salvajes, que han encontrado en su instinto natural, no sé qué poder de civilizacion temible para

rechazar la dominacion por los ingleses. *Cafir* quiere decir *infel*: se cuenta que el sentimiento de su religion es el mantenedor de esa inteligencia creadora de los medios estratégicos, tan poderosos en las costumbres de crueldad y barbarie de estas colonias.

El dibujo que presentamos en la primera plana de nuestro número de hoy, representa un ataque entre un convoy inglés y una tropa de estos salvajes.

EL AJUSTE DE UN TORERO.

No crean nuestros lectores que nos vamos á ocupar en la descripcion del ajuste de una de esas notabilidades taurómacas que toda España conoce. En el cuadro que vamos á trazar figura como protagonista un lidiador subalterno, ó mejor dicho, uno de esos aprendices del toreo que aun concurren diariamente á la casa matadero, con el objeto de adiestrarse, ocupándose en capear y señalar dos ó tres reses bravas, que por lo regular componen el máximo de las conducidas á dicho establecimiento para abastecer á la poblacion del artículo de carne. Como quiera que semejantes tipos solo se observan en las grandes y populosas poblaciones, deber nuestro es trasladarnos á una de ellas, y desde allí principia nuestro exámen.

Demos de hecho que estamos situados en la ciudad del Guadalquivir, en la hermosa y fértil Sevilla, capital la mas fecunda en situaciones á propósito para desarrollar la idea del tipo que vamos á delinear.

D. Casimiro García Ledesma y Reynoso, era un jóven de unos veinte y siete años, natural de Sevilla, en cuya capital se hallaba establecido; mas conservaba relaciones de parentesco y amistad con algunas familias de las que tenian en Osuna su residencia fija. Tratóse en esta última poblacion de ejecutar tres corridas de novillos, á consecuencia de unas fiestas que debian tener lugar, y como fuesen necesarios lidiadores para realizarlas, comisionóse al Ledesma y Reynoso para el ajuste de los que á este fin fuesen necesarios: hizosele relacion de todo, comprendiendo la posibilidad que en él habia para satisfacer con acierto tal necesidad, mediante á su conocimiento en la materia como distinguido aficionado; y con poderes amplios para ello, dió comienzo á su encargo de la manera siguiente:

A las siete de la mañana de un delicioso dia de primavera, y la vispera del en que debía verificarse la funcion en la espresada villa de Osuna, dirigióse Reynoso á la casa matadero de Sevilla, situada entre la puerta llamada de la Carne, y el barrio conocido por San Bernardo, donde á su llegada vió á un acreditado banderillero de plazas principales, al cual trataba con alguna franqueza, merced á relaciones anteriores emanadas de las simpatías que del público suelen merecer determinados diestros, por su perfeccion en las distintas suertes que ejecutan: acercóse á él, y despues del saludo de ordenanza, refirióle Reynoso el motivo que lo conducía á aquel lugar, para lo que reclamó su intervencion. Llamábase el lidiador Patito por apodo, y á la esplicacion de D. Casimiro contestó del modo siguiente:

—On Casimiro, su mercé querrá un chiquiyo que toree rigulá, y de poco inero. ¿No es esto?

—Hombre, desearia una cosa decentita, porque Osuna es poblacion que tiene ciertas condiciones, á las que hay necesidad de corresponder, contestó Reynoso.

—Pos entonces, llévase usted ar Tatiyo, y dos ó tres chiquiyo mas que andan con é.

—¿Y sabe ese Tatiyo torear? ¿Capea bien?

—¿Que si capea? En teniendo plegado en er brazo un cacho é percalina der tamaño é un pañuelo, no hay becerro en España que lo agarre; y encuanto que jace acina, y lo esplega; güerve loca á una res en dos minutos, hombre.

La accion del titulado Patito acompañaba á la palabra, y ya se consideraba delante de un toro, según sus ademanes, por lo que puso en cuidado á D. Casimiro en mas de una ocasion. Al fin cerciorado este de la bondad del lidiador en cuestion, preguntó:

—¿Con que tan bueno es ese chiquillo?

—Hombre, es er mejó que poia usted buscá, y aluego empues, que á ese chiquiyo se lo lleva usted po un peazo é pan.

—¿Y dónde le veré?

—¿Que aónde? Aquí mesmo.

Apenas hubo pronunciado el Patito la última sílaba, cuando giró la cabeza hácia una tápia contigua al establecimiento, á la que el sol bañaba en aquellos momentos; y como hubiese cuatro ó seis chicos en grupo, disfrutando del agradable calor del luminoso astro, fijó la vista y dijo:

—Ayí está con su cuadría é banderiyeros.

—Pues llámalo, hombre, y tratáremos de su ajuste, profirió Reynoso.

—¿Tatiyo! ven acá, hombre, repitió el Patito.

Acercóse el Tatiyo, jefe de aquella cuadrilla de aprendices de toreros, obedeciendo á la llamada del banderillero Patito, y á su principal seguian los dependientes, movidos de la curiosidad, y en demostracion de la estupidez que los caracterizaba, colocáronse en rueda con el Tatiyo, y los dos personajes antes citados, con el firme propósito de no desperdiciar ni una sola letra del negocio que tratarse debía: D. Casimiro se ocupaba en examinar la fisonomía y traje del titulado Tatiyo, y al propio tiempo derramaba su vista sobre sus demás subalternos, cuyos ropajes y aposturas merecen describirse.

El Tatiyo, jefe natural y supremo de aquella cohorte, cubria su cuerpo con un pantalon de mahon listado, que no debía haberse hecho para él, pues le sobraba tela por todas partes: razon por la cual los llevaba remangados de perniles, dejando ver dos sucios y asquerosos piés, el uno completamente desnudo y el otro cubierto con una babucha enteramente deteriorada é inútil para el servicio: un orlillo ó venda le servía de tirante, cruzando sobre el hombro por el costado derecho de la espalda al izquierdo del pecho, y bajo este veíasele una rota camisa, cuya tela debió ser de color en su fundacion: tales prendas constituian el traje del Tatiyo, faltándonos solo describir la parte de cabeza, la que contenia un sombrero calañés, bajo cuya ala notábase un pelo áspero y tieso, que desde bien distante percibíase que aun conservaba virginidad respecto á peine ó cosa equiva-

lente: tambien caía sobre su espalda una coletilla, símbolo de su ejercicio; pero tan raquítica y corta, que sin duda con se dejase ver en toda su estension, pendía de ella un plomo que se aduanan. Poca ó ninguna diferencia habia entre el vestido del Tatiyo y el de sus otros camaradas, circunstancia saludos de ordenanza entre tales gentes, y por último le subalterno por el antiguo y afamado adalid instruido el lidiador todas las generalidades que causaban circunstancia agravante: solo restaba que el Tatiyo supiese de boca de D. Casimiro las particularidades que le eran concernientes, y por

—Con que es izí, que yo voy á di á torear é capa en la novilla de Osuna, ¿no es esto?

—Justamente, contestó Reynoso.

—Pos señó, güeno; ¿cuantos dias son de juncion?

—Tres tardes.

—Tres tardes... güeno... ¿No mas que torear á capa, es verdá?

—Si se pudiera matar un becerro cada tarde, daríamos mas importancia á la funcion.

—¿Tú te atreves? dijo el Pato entonces al que se trataba de ajustar.

—¿Que tiempo han de tené esos becerros, preguntó seguidamente el Tatiyo.

—Unos tres años, contestó D. Casimiro.

—De tres años, los mato; pero en cuanto que tengan un dia mas, se quean vivos.

—Bueno, pues tendrán tres años no mas, dijo Reynoso sonriéndose de la advertencia del aprendiz de torero.

—Y digasté, ¿no sería mejó llevarse un picaorcito, que armaria mucho la funcion? Yo tengo uno ahí, mu bien vestido, y que es prove; iria por media libra é tomates, por casi ná... y si vieasté como se agarra, y como se vá á la cabeza é los toros... pone una bara, aonde la ponga cuarquié picad é punta... vamo, como que el infelí quí cumplí como la gente, y ganó dos riales pa su maere.

Algo interesó á D. Casimiro la pintura que el Tatiyo acababa de hacer del picador, y mas que nada el deseo de satisfacer su necesidad, demostrada en la esplicacion que habia escuchado; pero aun cuando deseoso de servir á su interesor, conoció que sus atribuciones estaban limitadas al ajuste de los lidiadores de á pié, y rehusó la proposicion del de á caballo.

—Pos güeno, dijo el conocido Tatiyo, quí izí que la cuariya la compondrá, yo y mi primiyó, y er chiquiyo de tio Juan er castañero: ¿hay bastante gent?

—Tú lo sabrás mejor que nadie, contestó D. Casimiro: ahora lo que deseo es que me digas cuánto nos vá á costar.

—Le costará á usted... y digasté ¿Hay brindi?

—¿Qué es eso de brindis, dijo Reynoso.

—Hombe, que si pueo yo brindarle er becerro que he é matá á arguno de los señores que esten en la corria.

—No, nada de brindis, por que eso es comprometer á los concurrentes y debe evitarse.

—Entonce, le cuesta á usted veinte y un duro las tres tardes, pa mi y pa la gente, comios y vievios, y er viaje de dia y güerta pagao po la impresa.

—Mu caro es eso, Tatiyo, dijo entonces el Pato, que hasta aquel momento habia permanecido en el mayor silencio.

—¿Mu caro? hombre!...

—Si, mu caro: cuatro duros cá tarde, comios y vievios, y er viaje pa dí y vení pagao, es too lo que vale esa funcion.

—¿Cuatro duros hombre? ¿Y qué le tengo que dá yo á la gente que llevo?

—Un duro á caá uno por caá corria, y tu te guardas dos, y ya está arreglao.

—¿Hombe, seño Pato, dos duros yo, dempues é trabajá cinco ó seis becerros, que me sortarán caá tarde, y matá á uno?

—Sí, hombre, bien está.

—Vamos, que luego te se hará un obsequio, si se vé que cumplen ustedes bien.

—Hombe, cumplí, lo verán usteres: no tendrá la impresa ni la autoría que izirnos naá.

—Bien, eso me satisfará á mí, porque verán que he desempañao la comision como podrian desear.

—Qui usted callase, hombre; ¿lo habíamos é dejá á usted malamente? á lo último é too, too lo ma que pue suseé, es que un becerro nos dé una corná á uno que mos escale; pero...

—Nada, está dicho: cuatro duros cada tarde: ¿conviene?

—Mía que está bien pagao, Tatiyo; dijo el Pato.

—Güeno, hombre, está jecho, si aluego hay regalia.

—Yo respondo de que la habrá, profirió Reynoso.

—¿Y cuando mos tenemos que dí?

—Dentro de tres dias, en la galera que sale para Osuna á las doce del dia, de la posada del Ancora.

—¿Y aénde está esa posaa?

—Frente ar malecon hombre, yo sé; dijo el primo del Tatiyo, que hasta entonces nada habia hablado.

—Digasté, ¿y no jacemos un papelito?...

—Para qué es eso, contestó D. Casimiro; ¿no vale mi palabra?

—Güeno, hombre, yo... por que la formalía, siempre es formalía.

—No es necesario; además yo soy bien conocido...

—Vamos, hombre, no jable usted mas asina. Ahora lo que quiero es que mos dé usted argun inero aelantao, pa afilá er berduguillo, y pa que estos muchachos se merquen cuarquié cosiya que les jaga farta, pa er vestío, é torear y... ¿no olles? ¿tu tienes medias? dijo á su primo el titulado Tatiyo: aquel con un gesto bien significativo, que denotaba la verdad de lo que iba á decir, contestó:

—No sabe que no, hombre?

—Yo tamie tengo que mercame una toquiyya encarná.

—Bien, ¿y cuanto te hace falta?

—Demusté hay un Napoleon.

D. Casimiro, que según las esplicaciones habidas, creyó tener necesidad de desembolsar por via de anticipo media onza por lo menos, quedóse pasmado al ver lo reducido de la exigencia, y sonriéndose con disimulo metió mano en su bolsillo y entregó al Tatiyo el Napoleon reclamado. Ya le pareció á Reynoso que habia concluido, cuando le dijo el ajustado:

—¿Quié usté verme torea á capa, y señalá dos ú tres reses? van á jacé el amarro y es buena hora.
 —Bien, veamos tu habilidad.
 Entraron en el corral del matadero, y á pocos momentos el llamado Tatiyo, provisto de un trozo de percalina encarnada y un palo pequeño, se ocupaba en pasar de muleta á una vaca brava de las que en aquel día debían dejar de existir. Conviene observar que el Tato adornaba sus suertes con interjecciones de un género especial, y que sus titulados banderilleros también se rodeaban á la res, llamándole la atención por el lado conveniente, para contribuir al mejor lucimiento de su matador. No debieron ser escasas de mérito las suertes del Tato, por cuanto los inteligentes, que en el citado paraje se situaban, dieron repetidas veces muestras de la mas completa aprobacion. Despidiéronse por último de D. Casimiro, y este, satisfecho de su cumplimiento respecto á la comision que se le habia confiado, retirábase de aquel lugar, mientras el Tato se encontraba cada momento mas atacado de un sin número de chicos, todos aprendices del toreo, que solicitaban formar parte de la cuadrilla que debía pasar á Osuna: por último, oyéronse á este algunas palabras, en los siguientes términos concebidas.
 —No cansase, hombre; ¿pueo yo llevá mas gente que á la mia, pa tres corrias é becerros?
 —Pero Tato, ¿y yo no pueo dí? decia uno, cuyo traje inspiraba lástima.
 —Ninguno pue vení, ea!
 Todos guardaron silencio incluso el jefe, y despues de algunos momentos fué interrumpido por el último, que dirigiendo la vista sobre aquel verdadero cuadro de ánimas, profirió:
 —Tú, Pulio, lia er jatiyo, y vendrás; y tú, Chato, también pue vení... quié izi que...
 —¿Y yo, hombre, no pueo dí? preguntó un tercero, que hacia llamar extraordinariamente la atencion por su pobreza.
 —Güeno, hombre, ven tú tamie y naide mas, ea!
 Cada uno de aquellos desgraciados chicos marcharon á sus respectivos hogares, si capaces eran de tener casa y familia, llenos de una ilimitada alegría, y considerándose en aquellos momentos los mas felices del mundo, guiados por la idea de que sus madres les preparan la ropa de torear. A las nueve de la mañana del día señalado para la marcha, ya se encontraban en la posada del Ancora, dispuestos á emprender su viaje, que realizaron sin cosa notable que mencionar.

Una vez en Osuna, y llegado el momento de la funcion, se presentaron en la plaza los noveles lidiadores, que no parecían los mismos que se reconocían en sus trajes ordinarios, cuyo contraste ya previno al público en favor de ellos. Salíó el primer becerro, y los chicos cumplieron de un modo tal, tanto en la lidia de este como en la de los demás de aquella tarde, que sus simpatías crecían de una manera maravillosa. Por último, concluyéronse los tres días de funcion, y ya el Tato, merced á su buen desempeño, contaba con amistades en Osuna, que le produjeron buenos regalos, y un crédito que él mismo no esperaba. Sus dependientes fueron dotados asimismo con mayor cantidad de la que cada uno se habia prometido, y de este modo concluyó la operacion del ajuste, que en bosquejo hemos relatado.

LAS CRUCES Y EL VIENTO,

POR
Paul de Kock.

(Continuacion.)

En este tiempo, una señora casada, jóven todavía, vino á vivir á la misma casa, y se hizo amiga de Adela. Vivía feliz en su casa, de la cual era ama y señora, y ponderaba sin cesar á su nueva amiga las dulzuras del matrimonio.
 —¿Por qué no se ha casado usted? Dijo un día madama Duplessis á la señorita Renneval.
 —No lo sé! Dijo Adela sonriéndose.
 —Si la señorita no se ha casado, dijo Mollard, que estaba presente, es porque no ha querido; porque tres veces ha estado para casarse.
 —Quién os ha dicho eso, caballero? replicó Adela mirando con enfado á Mr. Mollard.
 —Señorita, vuestra señora tía... me ha dicho que os sentais indispueta siempre, y que...
 —Vaya una gracia! dijo Adela con impaciencia, mi tía habla demasiado, y usted es muy indiscreto.
 —Señorita, yo...
 —Si no me he casado, probablemente será porque no me ha convenido.
 —Eso he pensado yo, señorita; pero... cuando se ignoran las causas...
 —Caballero, me parece que no tengo que daros cuenta de mi conducta.
 —Seguramente no, señorita, también yo...
 —Basta ya, caballero.
 Mollard se calló, pero puso una cara tan compungida, que casi estuvo Adela para soltar la risa, y exclamó: Creo, verdaderamente, Mr. Mollard, que si os hubiese conocido antes, nadie se hubiera atrevido á hacerme el amor, porque los hubierais asustado.
 —Señorita, mejor quiero eso que ser causa de que os dé un síncope, respondió Mollard con cierto airecito burlon.
 La señorita Renneval se mordió los labios, y el viejo se retiró muy contento de haber herido el amor propio de Adela.
 La vecina tenía su proyecto, era muy casamentera, manía de que deberían corregirse muchas personas, é hizo caer la conversacion sobre su objeto favorito.
 —Mi querida Adela, dijo madama Duplessis, conozco un caballero, amigo de mi marido, que os ha de gustar; tiene treinta y cuatro años, buena figura, es todo un buen mozo... esto nunca disgusta en un marido, porque generalmente á una hermosa figura casi siempre acompaña un carácter bondadoso.

—Es verdad, dijo Adela, he observado que los feos tienen peor genio que los que no lo son.
 —Es muy natural, están enfadados de ser feos. En fin, ese caballero posee algunos bienes, que siempre es buena recomendacion, y además es hombre de talento y muy amable. Si me dais permiso os le presentaré.
 —Con mucho gusto. Si no me conviniere para esposo, no por eso me será desagradable su sociedad.
 No tardó madama Duplessis en presentar á Mr. Perronin, y la señorita Renneval convino en que el original correspondia al retrato. Este caballero es amable, alegre; sus modales anuncian una buena educacion, su persona es agradable; en fin, tiene esas cualidades que al momento inspiran simpatía y disipan la reserva que al principio se tiene con un nuevo conocido.
 Adela encontró muy amable á Mr. Perronin, y no lo ocultó á madama Duplessis; esta por su parte preguntó al caballero que tantos deseos tenía de casar, y supo con alegría que le agradaba mucho la señorita Renneval.
 En cuanto á la anciana tía, tan sorda era que no habia medio de hablar con ella. No pudiendo tomar parte en la conversacion, le gustaba á la buena señora jugar á las cartas despues de almorzar, cosa que agradaba á Mr. Mollard, que con mucho gusto se pasaba los días enteros jugando una partida de imperial ó de piquet con la tía, porque así escuchaba y espía lo que hacia la sobrina.
 Mollard extrañó la presencia de aquel nuevo personaje, y le desagradó muchísimo Mr. Perronin desde el principio. Era amable y bien parecido, defectos á los ojos de los feos y de los necios. Los hombres son como la raposa, critican lo que no tienen, y procuran ridiculizar lo que en su corazón es objeto de su envidia. Pobres humanos! la naturaleza no nos ha hecho buenos, y la educacion solamente nos enseña á ocultar nuestros defectos.
 En fin, la señorita Renneval parece que ve y escucha con gusto á Mr. Perronin, lo cual aumenta el despecho de Mr. Mollard; cuando uno ha estado enamorado de una mujer, aunque sin esperanzas de conseguir nada, nunca ve sin celos á otro que ha sido mas dichoso.
 Mr. Perronin va con mas frecuencia á casa de Adela, y esta cada día le da mas pruebas de amistad.
 Ya no hay que dudarlo, Mr. Perronin está enamorado de la señorita Renneval y la hace el amor.
 Mollard examina, se admira, y de cuando en cuando suelta alguna corta y maliciosa reflexion.
 —Este es un matrimonio que se llevará á efecto, no lo dudo, dijo madama Duplessis, muy contenta del giro que tomaban las cosas.
 —Un matrimonio!... responde Mr. Mollard meneando la cabeza. ¡Oh! todavía no se ha hecho... La señorita Renneval ha faltado á muchos.
 —Ha sido por su voluntad; pero como le gusta mucho Mr. Perronin, es probable que esta vez no mude de parecer.
 —Los otros pretendientes dicen que también le agradaban, y sin embargo, en el momento crítico no quiso.
 —Encontraría en ellos algun defecto, alguna cosa que no le agradara.
 —Nadie se pone malo por descubrir un defecto en un hombre... Se habla, se explica, que es lo mas natural.
 —¿Qué deducis de todo eso, caballero?
 —Deduzco... que la señorita Adela oculta un misterio á todo el mundo y hasta á su tía... que en el momento del matrimonio, este misterio la sofoca y le hace perder el conocimiento; y no queriendo revelárselo á su esposo, prefiere no casarse.
 —Estais loco, señor Mollard.
 —Paciencia, señora; cuando las cosas toquen á su término verá usted como todo se desbarata.
 Sin embargo las cosas avanzaban; Mr. Perronin habia pedido ya la mano de Adela á su tía, que le contestó al principio que le daria capote; pero luego que se enteró que se trataba de casar á su sobrina, dió su consentimiento, con la condicion de que su primer sobrinieto le haria la partida de piquet á lo menos una vez á la semana.
 Ya está todo convenido acerca del dote de la novia y de los bienes del novio, formados planes y proyectos para el porvenir, y señalado el día en que se ha de firmar el contrato. Mollard espía sin cesar y tiene constantemente sus ojos fijos sobre Adela. A cada momento espera ver que se pone mala; pero la señorita Renneval conserva su alegría y da pruebas de cariño á su futuro esposo.
 El día señalado para firmar el contrato fué Mollard de los primeros que se presentaron en casa de Adela, provisto de un frasco de éter, otro de vinagre de los cuatro ladrones, y un pañuelo empapado en agua de toronjil. Da vueltas sin cesar al rededor de la novia. Apenas se mueve, corre con sus frascos, y si toma el pañuelo ó se sienta, la dice:—Os sentís mala?... Teneis necesidad de aire?
 Pero Adela rechaza los servicios de Mr. Mollard, que á pesar suyo no puede hacer uso de sus frascos.
 El contrato se firmó sin que Adela se pusiese mala; ni siquiera cambió de color. Mollard está petrificado; comienza á creer, ó que se ha burlado de él la tía, ó que no oyó lo que le preguntaba.
 El viejo enamorado vuelve á su casa furioso. Rechazado por Adela se lisonjaba de que nadie conseguiria su mano, y hé aquí que va á llamarse madama Perronin. Pero todavía no han tenido lugar las ceremonias civiles y de la iglesia, y espera Mollard que el matrimonio no se llevará á cabo. Se sienta en su bufete, y escribe la siguiente carta á Mr. Perronin, desfigurando la letra.
 «Romped vuestra proyectada union con la señorita Renneval. Esta jóven oculta un secreto terrible que será vuestra desgracia. Tres veces ha estado para casarse, y sus remordimientos le han producido otros tantos desmayos. No esperéis á que le suceda otro tanto con vos, romped al momento.
 Uno que se interesa por vuestra felicidad.»
 Despues de haber puesto este billete en el correo, piensa que si llegase á saber alguna cosa desfavorable á Mr. Perronin, cambiaria las intenciones de Adela; enfadado de que antes no se le hubiese ocurrido esta idea, se apresura á ponerla en ejecucion. Sabe donde vive Mr. Perronin, y va á pedir

informes á sus vecinos y vecinas: Mr. Mollard tiene la costumbre de distraerse de este modo.
 Mr. Perronin vive en la calle Saint-Honoré, en una bonita casa con portero. Mollard se dirige al conserje con aire meloso y el sombrero en la mano, como si fuese al portero de un ministro.
 —¿Mr. Perronin?
 —Aquí vive, en el cuarto segundo.
 —Muchas gracias...
 Mollard se inclina, hace como que se retira y vuelve despues.
 —¿Es agente de negocios ese caballero?
 —Si señor...
 —Usted perdone que le haga estas preguntas... se trata de confiar un negocio importante á Mr. Perronin, y tengo el encargo de tomar informes.
 El conserje, que ni es sastre ni zapatero, y por consiguiente tampoco charlatan, vuelve á sentarse delante de su estufa, toma un periódico que allí tenia, y no se cuida de escuchar lo que le dicen.
 Mollard entra en la habitacion del portero y prosigue:
 —¿Hace mucho tiempo que Mr. Perronin ocupa un cuarto en esta casa?
 —Un cuarto! responde el conserje, mas bien tres.
 —¿Cómo! Mr. Perronin ocupa él solo tres cuartos!... tantos muebles tiene?...
 El conserje se encoge de hombros, se suena las narices, y con cierto aire de importancia le responde:
 —No habeis comprendido lo que he dicho. Decia que el cuarto que ahora habita Mr. Perronin, es el tercero que vive en esta casa; y no que habitaba tres cuartos á la vez... Al principio vivió en el cuarto piso, despues en el tercero y ahora en el segundo.
 —Oh! es particular, dijo Mollard: ir siempre descendiendo...
 —Pero al mismo tiempo los precios aumentan.
 —Justamente por eso me parece bastante original. ¿Y hace mucho tiempo que vive aquí Mr. Perronin?
 —El portero acaricia su perro, juega con el gato, bosteza, se despereza y responde:
 —No hace ocho meses todavía...
 —Entonces no ha vivido mas que un plazo en el cuarto y otro en el tercero... Es muy chistoso... y para... para la moralidad... las costumbres... creéis, habeis notado...
 —No soy espía de los inquilinos. ¿Qué queréis?
 —No señor, os he dicho que le iba á confiar un negocio á Mr. Perronin.
 —Pues bien, tomad esta tarjeta que me ha encargado dé á los que vengán á buscarle no estando él en casa... Ahí teneis todos los detalles que apeteceis... No puedo pasar el tiempo en conversacion.
 Al entregar la tarjeta al interrogante, cierra el portero la puerta de su cuarto de mal humor y vuelve á coger su periódico.
 —¡Portero impertinente! Dijo Mollard al retirarse.... ¡No tiene tiempo para hablar y sí para leer largos periódicos! He tenido desgracia en no haber tropezado con un portero sastre ó zapatero, de esos que hablan mas de lo que uno quisiera... Si le hubiese dado dinero, otra cosa hubiera sido. Pero prefiero guardar mis blancas. No importa, ya sé que Perronin es un ente original; descender de pisos de esa manera!... ese hombre, ¿no sabe lo que quiere? veamos la tarjeta... Perronin, agente de negocios, calle del Cairo... Par diez! hé aquí todo lo que queria saber, corramos allá... no hace tanto tiempo que se ha mudado para que se le haya olvidado la calle del Cairo.
 Pónese en marcha Mollard, que tratándose de satisfacer su curiosidad no calcula las distancias. Llega á la calle del Cairo, y esta vez se encuentra con una portera jóven todavía, dos chicos de corta edad que juegan en su habitacion, un niño dormido en la cuna y otro en sus brazos.
 Mollard saluda á la portera, á los niños, hasta al que duerme en la cuna, y mira á todas partes para asegurarse de que allí no hay nadie mas á quien saludar. Entre tanto la portera, que no está acostumbrada á recibir visitas tan cumplimentaras, cierra el mostrador y le da una vuelta á la llave de la cómoda.
 —¿Mr. Perronin vive aquí? preguntó Mollard.
 —Sí señor... Ha vivido... Ahora vive calle de Saint-Honoré... Tomad esta tarjeta...
 —Si, sé que... me han dicho que habia vivido...
 —¿Entonces por qué venís aquí?
 Diciendo esto la portera se dirigió á Mollard, obligándole á retroceder: este se ve obligado á salir del aposento, pero se agarra á la puerta, y acordándose que llevaba un terron de azúcar en el bolsillo, se lo presenta al mamón que tiene la portera en los brazos, exclamando:
 —¡Qué niño tan lindo! Un vivo retrato de su madre... Toma, amigo mio, toma azúcar.
 El terron de azúcar enterneció á la madre, que desde que vió á Mollard en el patio, no abrigaba ya tan malos pensamientos: le da las gracias, y él, aprovechándose de tan buena disposicion, comienza sus preguntas:
 —Señora, he venido á esta casa con el objeto de tomar algunos informes de Mr. Perronin, que como hace poco tiempo que se mudó á la calle de Saint-Honoré, es todavía muy poco conocido allí... no he obtenido mas que algunas vagas respuestas... y pensé que sería mas feliz viniendo á vuestra casa. Mr. Perronin trata de casarse con una parienta mia, y ya podrá usted concebir que necesito tomar informes.
 —Ah! eso es diferente, caballero; usted perdone si al principio no le contesté como debía... Hay ahora tantos ladrones! tantos rateros que se introducen así en las casas! ¡hasta en las casas de los porteros!
 —Es verdad, señora; todas las precauciones son pocas.
 —Antes de ayer robaron una perra á la portera del número 15.
 —¿Qué inhumanidad!
 —Una perra soberbia! su ama la llora todos los días... tenia tanto talento!... era de color rojo y con la cola blanca.
 —¿Qué lástima!... Pero, Mr. Perronin?...
 —Y su ama habia gastado tanto en curarla una enfermedad en casa de un profesor veterinario!
 —Es una desgracia!... Pero Mr. Perronin?
 —Imitaba todo lo que se queria, saltaba á todos los cor-



Es udo de Schekespeare, por Luk Liuner.



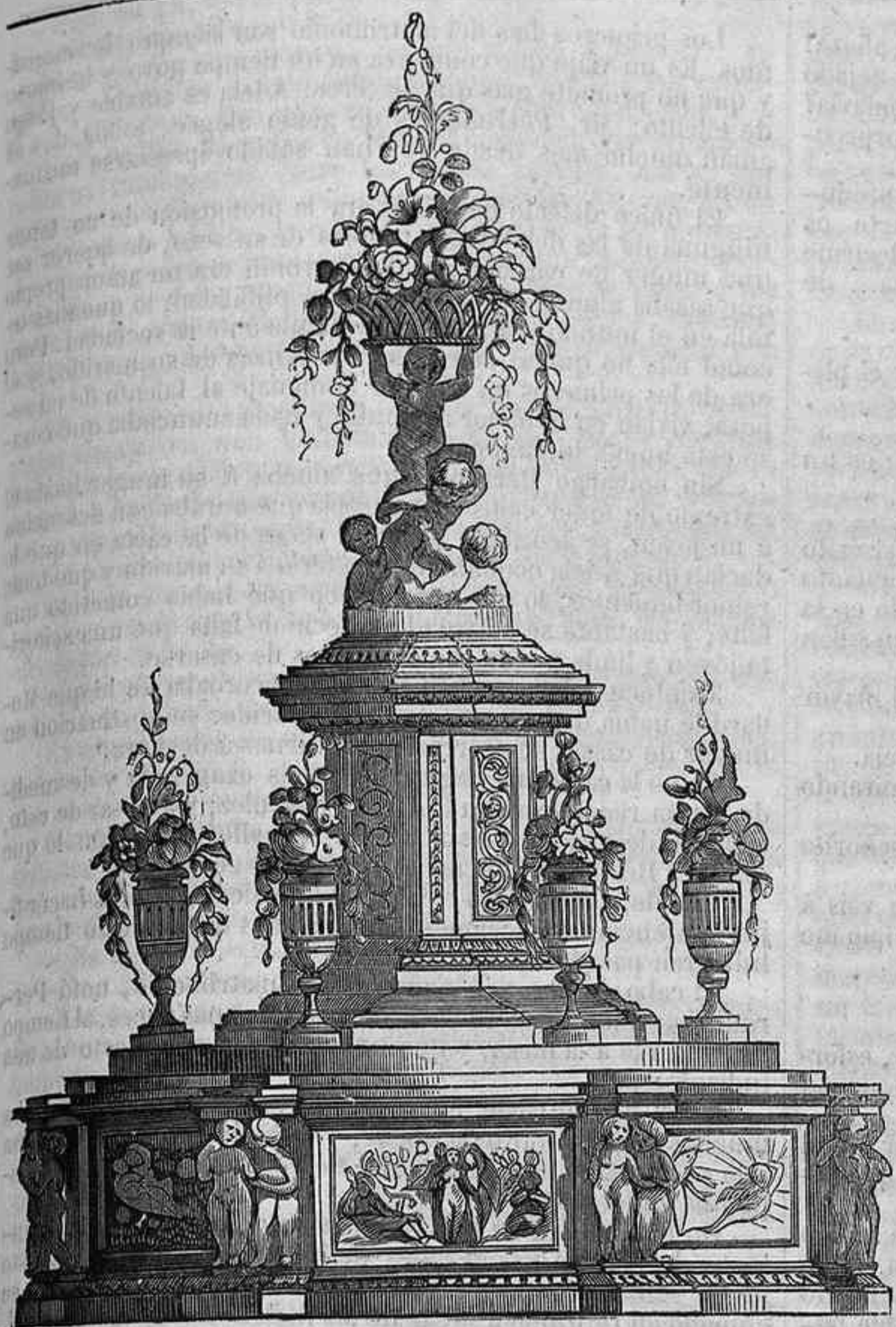
Piano por M. Collard, de Lóndres.



Es a'ua del general Dameruce, fundida en bronce por M. Saint Denis.



La muerte de Jesucristo, por el profesor Rietschel, de Dresde.



Sartir de bizcocho usado por los alemanes.



Amazona combatiendo á caballo con un tigre, por Kiss.

dones de las campanillas, y fumaba un cigarro como su amo.

—Eso es admirable en una perra! Pero conocéis á Mr. Perronin?...

—La habrá robado un hombre que entraría en la casa con cualquier pretexto... ¡Pobre animal!... Ha fijado anuncios; pero bah!... ya no la volverá á ver más.

Mollard espera que la portera concluya la historia de la perra perdida, y despues vuelve á repetir sus preguntas.

—Ay señor! dice la portera acariciando á su mamon: nada puedo deciros de Mr. Perronin; vivió aquí muy poco tiempo: tres meses en el piso cuarto y otros tres en el principal.

—Tambien ha vivido aquí en dos pisos?

—Si señor, por lo demás... entraba y salía como todo el mundo... Antes de venir aquí, vivió en la calle de Montholon... Allí os darán mas noticias... tomad las señas.

—Señora, muchas gracias; voy á la calle de Montholon... ¿Pero estais cierta de que habitó aquí Mr. Perronin, primero en el piso cuarto y despues en el principal?

—Si señor.

—Que usted lo pase bien, señora.

Vuelve Mollard á la calle diciendo para sí: cierta-

mente hay alguna cosa extraordinaria en este Mr. Perronin... vivir cada plazo en un piso y descender progresivamente... esto no es natural... Si yo pudiese descubrir la causa de este fenómeno! Paciencia, que al cabo la descubriré.

En la calle de Montholon encuentra Mollard un portero aleman remendando un viejísimo redingote, y que al responder á lo que se le pregunta canta chapurando horrorosamente el francés.

—Vive aquí Mr. Perronin?

—Mr. Perronin?

—Ha vivido aquí Mr Perronin?

—Che zais bas. *Sed sensiples sensiples, á ¡nuestros trabajos!...*

—Pero yo estoy seguro de que ha vivido aquí monsieur Perronin, no hace mucho tiempo.

—Che zais bas!

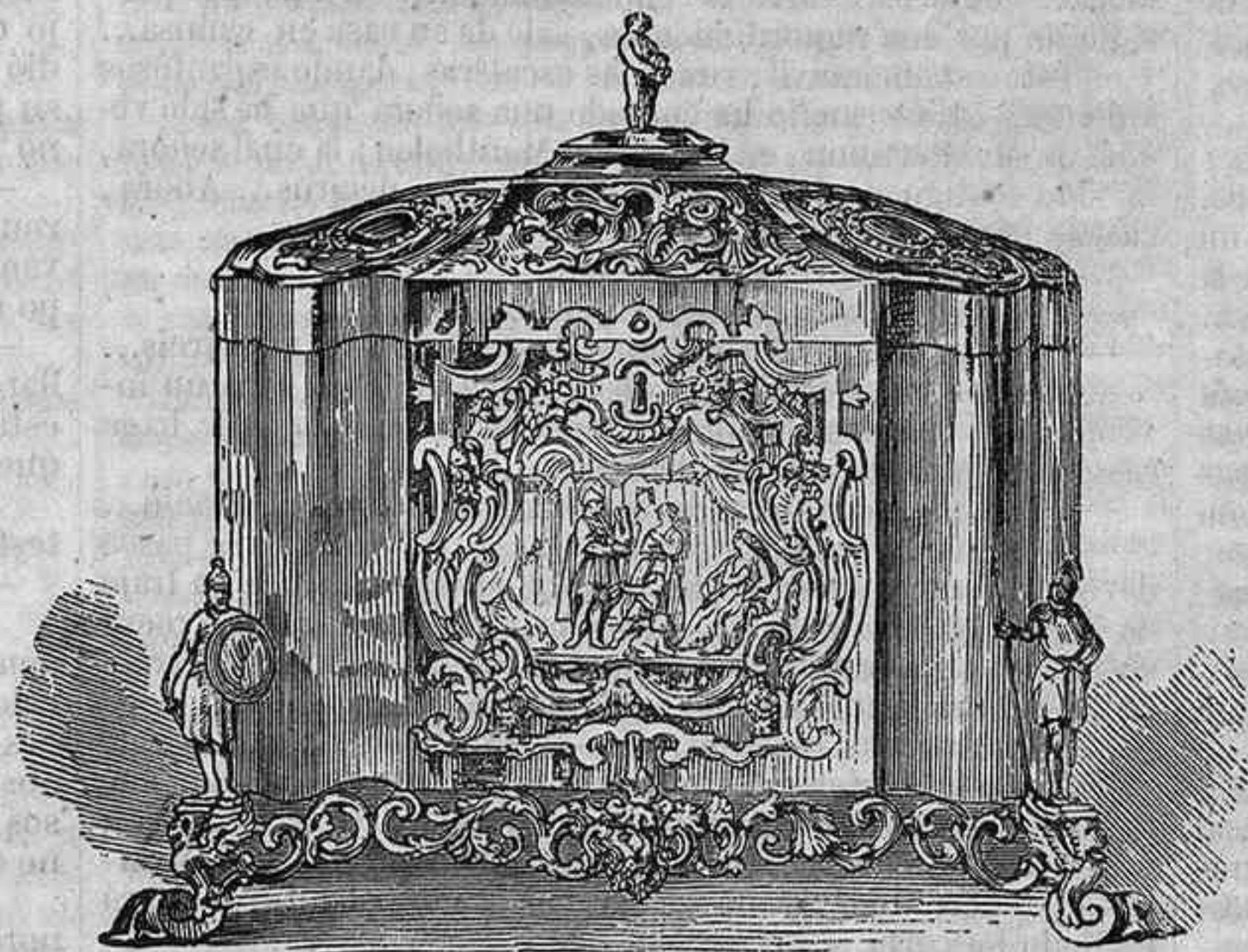
Desesperado Mollard de no obtener otra contestacion, se retiraba lleno de tristeza, cuando una cocinera que lo habia estado escuchando le llama y le dice:

—Caballero, ¿pregunta usted por Mr. Perronin, agente de negocios, jóven, muy buen mozo?

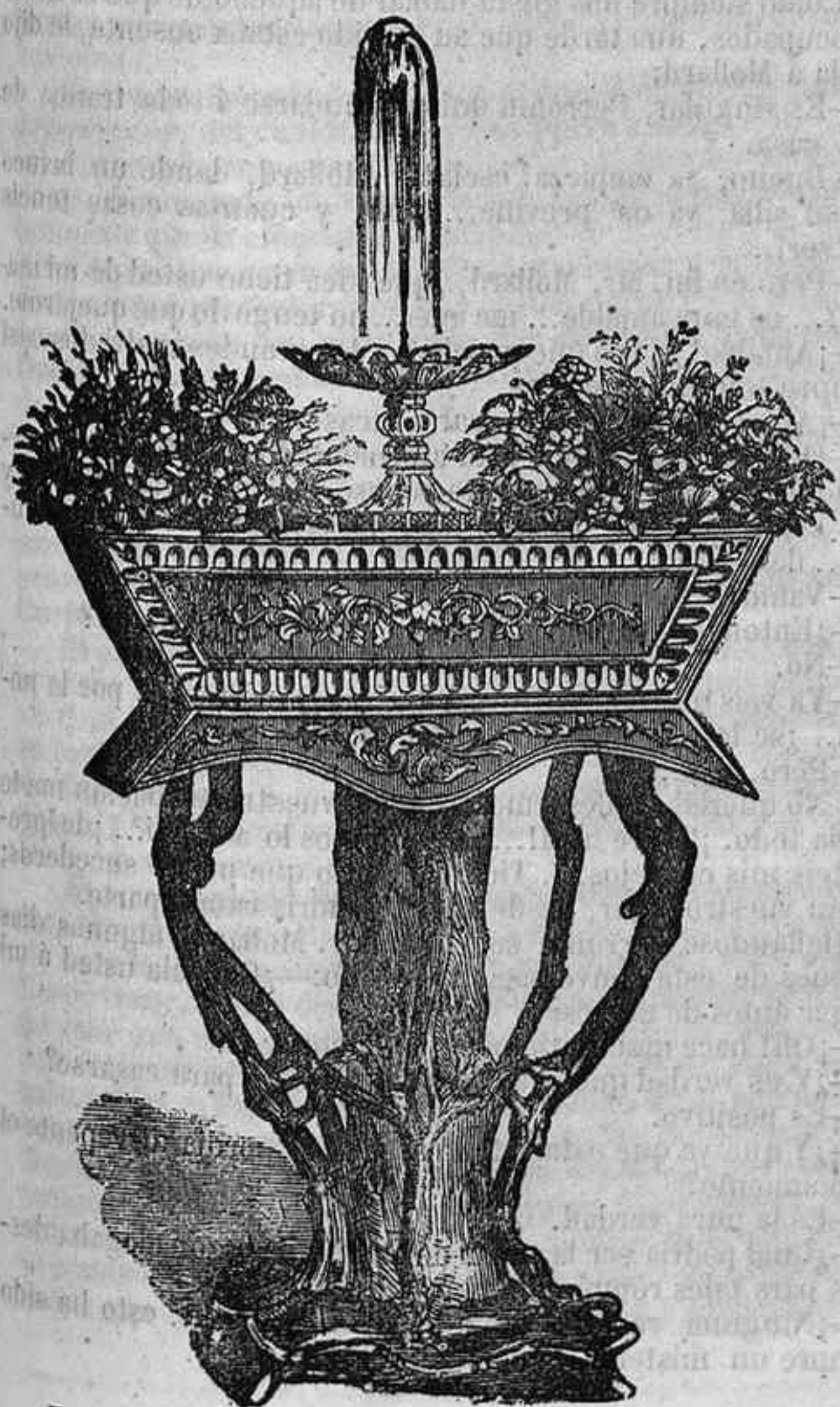
—Eso es, señorita.

—Sí, me acuerdo mucho... ¿tiene un lobanillo detrás de la oreja izquierda?

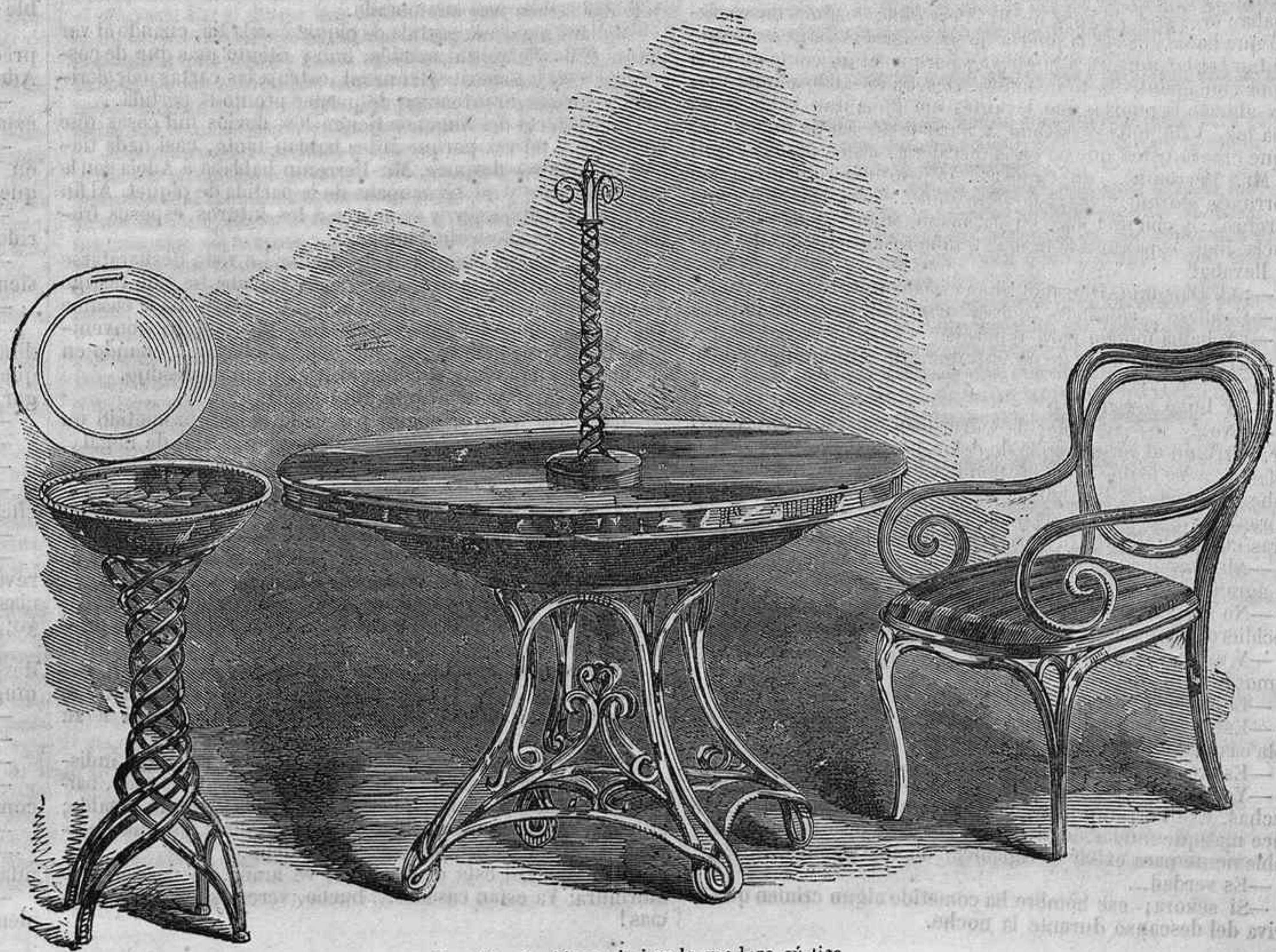
—No he reparado tanto, pero...



Cofre para joyas.



Fuente y florero de hierro imitando madera rústica.



Muebles de hierro imitando madera rústica.

—Sí, el mismo; era muy amable. Vivió en el quinto piso... habitaba todo el cuarto, que es soberbio; pero no estuvo en él mas que cinco semanas, y se bajó al tercero, donde ha vivido mucho tiempo. Si usted quiere tomar mas informes, suba usted al cuarto segundo á casa de madama Mataud, que hace quince años que vive en esta casa y conocia mucho á Mr. Perronin.

—Gracias, señorita. ¿Creeis que podrá recibir ahora madama Mataud?

—Oh! sin duda, no sale nunca, y menos ahora que está acatarrada.

—Pues entonces voy á su casa.

Mollard se separa de la cocinera y se dirige á la escalera sin que el impasible alemán se vuelva ni deje de cantar.

—Esto es muy misterioso, decia Mollard al subir la escalera. Aquí ha vivido en el quinto piso, en una hermosa habitacion, y apenas ha estado en ella cinco semanas... Este hombre no disfruta un instante de reposo... Adela no se casará con él.

Tira Mollard del llamador del piso segundo, y una criada le abre y le introduce donde estaba su señora. Es anciana, alta y flaca, y conserva las modas del Consulado.

Madama Mataud tosia en aquel momento; y Mollard espera á que le haya pasado el acceso para explicar el motivo de su visita, fingiéndose pariente de la persona con quien iba á desposarse Mr. Perronin. Madama Mataud presenta una silla á Mollard, y despues de haber tosido de nuevo, le dice:

—En efecto, caballero, Mr. Perronin ha vivido cerca de tres años en el cuarto que está sobre el mio. Parece que está bien acomodado; y nunca pasaba junto á mí sin saludarme y sin preguntarme por el estado de mi salud... Observa buena conducta... En su casa no he visto nunca entrar gente de mala traza... debe ser un hombre honrado... sin embargo...

—Sin embargo... exclama Mollard, que al oír esta palabra vislumbró un rayo de esperanza.

Madama Mataud parece que vacila, y Mollard repite:

—Señora, sabe usted algo? por favor, señora; si alguna cosa sabe usted de cierto, le suplico que me la diga.

—Caballero... es que... es cosa muy delicada... no he podido mas que formar algunas conjeturas... no sé nada de positivo.

—No importa, señora; lo que sepais en esta ocasion es muy precioso! Reuniendo circunstancias es fácil sacar algo de positivo... Os suplico, señora, que nada me oculteis, toda una familia os deberá su felicidad!...

—Caballero... vuestras instancias me deciden. Voy á de cirlos lo que sé.

—Os escucho, señora.

—Mr. Perronin vivia en el cuarto tercero...

—Despues de haber vivido en el quinto?...

—Efectivamente, vivió en el quinto y despues en el tercero. Esta casa es muy tranquila; yo me acuerdo temprano; pero mi maldito catarro me hace despertar muchas veces durante la noche, y algunas veces me desvela. Mr. Perronin se recogia... como todo el mundo, á una hora regular; yo le oia perfectamente cerrar su puerta; pero á media noche, cuando debiera dormir apaciblemente porque él no tiene catarro, oia algunas veces un gran ruido encima de mi cabeza, pasos precipitados en todas las piezas... Mr. Perronin era el que hacia todo ese ruido!

—¿Diantre!... á media noche?...

—Si señor.

—Y estaba solo en su casa?

—Enteramente solo... la portera me lo ha asegurado, porque entonces no teniamos á ese imbécil alemán.

—Y no habeis descubierto...

—Siempre que oia ruido en el cuarto de Mr. Perronin, al día siguiente le preguntaba si habia estado indispuerto la noche anterior; me contestaba que no, y noté que mis preguntas le desagradaban.

—Oh!... esto es interesante en extremo!... Señora, suplico á usted que prosiga.

—En fin, una noche que tenia yo mucha tos... hacia un viento... un huracan terrible!... No pudiendo dormir, escuchaba; oí correr en casa de Mr. Perronin; despues me pareció que habia abierto la puerta de su cuarto, y dije: adónde irá tan tarde? no será á la cueva, porque él no come en casa y por consiguiente no tiene cueva. Deseando saber por qué habia abierto la puerta, me levanté, me puse una bata, tomé una luz, y fui muy despacio á abrir la puerta de mi cuarto; que creerá usted que vi en la escalera, á dos pasos de mí á Mr. Perronin... en camisa... el pelo desordenado... sin gorro de dormir... la vista estraviada... casi trastornado el cerebro... y con una luz en la mano, cuya vacilante llama hacia mas espantosa la figura temblorosa y agitada del que la llevaba!

—¡Ah Dios mio, Dios mio! Eso es espantoso!

—Confieso, caballero, que al principio tuve miedo.

—¿Y habia motivo para tenerlo?

—Era la primera vez de mi vida que veia á un hombre en camisa.

—¿Y huyó usted?

—No... me acerqué: la curiosidad sostenia mi valor.

Mr. Perronin al verme mudó de color, se quedó cortado y estupefacto... Yo le dije: vecino, dónde vais á media noche y sin haberos puesto... las botas? Se turbó, balbuceó algunas palabras que no pude comprender, y volviendo á subir las escaleras cuatro á cuatro, desapareció sin saludarme.

—Ah, señora, qué historia tan extraordinaria! y cuánto os agradezco que me la hayais contado!

—No soy amiga de chismes; pero vuestras instancias me decidieron, y he aquí todo lo que sé de Mr. Perronin.

—Y es bastante... Señora, ese hombre debe tener atroces remordimientos!

—Lo creéis así, caballero?

—Estoy persuadido de ello, señora!... ya veis, ha huido de esta casa en cuanto usted lo sorprendió en camisa!...

—Es verdad.

—Yo ya sabia algunas cosas de él que corroboran mis sospechas. Ese Perronin no tiene reposo en ninguna parte. No hace mas que mudar de vivienda, corre de piso en piso, probablemente para evitar la vigilancia de sus vecinos...

—Es verdad...

—Si señora; ese hombre ha cometido algun crimen que le priva del descanso durante la noche.

—Ah Dios mio! y tenia yo un criminal sobre mi cabeza!

—Debe usted considerarse dichosa porque haya dejado esta casa!... quién sabe lo que hubiera podido hacer todavia?

—Me haceis temblar!... Sin embargo, el haberlo sorprendido lo debo á mí catarro...

—Hé aquí, señora, cómo las causas mas sencillas producen muchas veces maravillosos efectos!... Por mi parte os reitero mi eterno agradecimiento; lo que acabais de decirme espero que arrancará á una jóven de la vergüenza... de la desgracia que le aguardaba!...

—Me felicito de ello, caballero.

—Señora, le repito las mas espresivas gracias... y el placer que he tenido en conocerlos.

—Favor que usted me hace.

—Mande usted comprar pastillas de médula de vaca; es un excelente pectoral y se aliviara usted de esa tos.

—Mil gracias, caballero, hoy mismo lo haré.

Mollard deja á madama Mataud; y muy contento del éxito de sus pesquisas, no anda, sino corre, vuela por llegar cuanto antes á casa de madama Bremont. Entra muy sofocado en la sala donde estaban la tia y la sobrina, y se arroja en un sillón esclamando:

—Ah señorita, acabo de salvaros, de arrancaros del mayor de los peligros!...

—Salvarme á mí! dijo Adela con la mayor indiferencia.

—Quién se ha ahogado? preguntó la anciana tia mirando con terror á Mr. Mollard.

—Y de qué desgracia estoy amenazada? replica la señorita Renneval.

—De la mas atroz, señorita; ese hombre con quien vais á desposaros... ese Mr. Perronin... que desde el principio me pareció un malhechor... Ah señorita... si supieseis!

—Y bien, caballero!... acabad pues...

—Es un gran culpable!... un gran criminal!...

—Que se vé en el cielo? pregunta madama Bremont, esforzándose por oír lo que se hablaba, con el auxilio de su trompeta.

—Caballero, dijo Adela con seriedad, antes de acusar á una persona debeis tener pruebas para hacerlo. Explicaos: qué sabeis de Mr. Perronin?

—Oh, muchas cosas, señorita!... en primer lugar he sabido que es un hombre que no hace mas que mudar de casa... que ha vivido en todos los pisos de una... que por la noche no duerme... que corre por su cuarto haciendo una horrible ba-taola... como si estuviese endemoniado!... en fin, que perseguido por sus remordimientos, sale de su casa en camisa... y en este estado incivil, rueda las escaleras, dando espantosos aullidos... Esto me lo ha contado una señora que ha sido vecina de Mr. Perronin, en la calle de Montholon; la cual señora, ha sido testigo ocular de lo que acabo de decir... Ahora, cácese usted con ese caballero!

Adela da una carcajada diciendo:

—Y es eso todo lo que habeis descubierto?

—Todo!... y me parece bastante; despues de esto, pensareis...

—Pienso, señor Mollard, que es usted un viejo loco, un inventor de chismes, y que no merece la pena de que haga caso de lo que me acabais de decir.

—Cómo, señorita, cuando os certifico que Mr. Perronin...

—Si muda de casa, es porque eso le divierte; si se pasea de noche, será porque no tendrá sueño; si anda en traje de noche en la escalera, será porque á esas horas creará no encontrar á nadie; y si para decirme eso habeis corrido tanto, no era menester que os hubierais incomodado.

—¡Sirva usted á la gente, dice Mollard para sí, para que le paguen de esta manera! En fin, si la señorita Adela tiene sus razones para no ser exigente... si por su parte oculta algun misterio á su marido... en todo caso, hé aquí una union singular... pero todavia no se ha verificado; el futuro habrá recibido mi carta.

Mr. Perronin habia recibido la carta en que se le aconsejaba que rompiera con Adela; pero la habia quemado, dando á este aviso la importancia que merece todo anónimo; y aquella misma noche fué á casa de su prometida, de la cual cada día estaba mas enamorado.

Mollard jugaba la partida de piquet con la tia, cuando al ver entrar á Mr. Perronin, amable, fino y atento mas que de costumbre con la señorita Renneval, estruja las cartas encolerizado y juega con intencion de perder pronto la partida.

En visperas del himeneo tienen los novios mil cosas que contar; y tal vez porque antes hablan tanto, casi nada tienen que decirse despues. Mr. Perronin hablaba á Adela con la mayor ternura y no se ocupaba de la partida de piquet. Al fin Mollard deja el juego, y se acerca á los futuros esposos frotándose las manos y diciendo:

—¡Es singular, cuántos matrimonios he visto desbaratarse de repente!... Sin ir mas lejos, esta mañana he sido testigo de un acontecimiento de este género: Un jóven iba á casarse con la hija de un honrado artesano, todo estaba convenido... hasta los muebles que ella habia de llevar... cuando en el momento de firmar el contrato... el jóven se desdijo.

—¿Y por qué motivo? preguntó Adela.

—¿Por qué motivo? segun parece le habian prometido un mueblaje de caoba, y despues quisieron dárselo de nogal... y él le dijo al padre de ella: Yo me casaba con vuestra hija con la condicion de que llevaria un mueblaje de caoba; lo lleva de nogal... ya no quiero casarme... Así ha concluido todo.

Los futuros esposos se rien mucho de la historia de monsieur Mollard, que por otra parte no les quita los vivos deseos que tienen de hallarse unidos.

Mollard esperaba que el matrimonio no se llevaria á cabo; pero el día señalado llegó, y reunidos los convidados se puso la comitiva en marcha para la iglesia.

—Ella se pondrá mala, decia á cada instante Mollard; estoy seguro que la novia no puede soportar la ceremonia... se desmayará... y luego que vuelva en sí, no querrá á su futuro.

Pero la ceremonia se concluyó y Adela no se sintió indispuerta; la boda se verificó sin accidente alguno. Comida, baile y cena, todo pasa muy bien; la novia está siempre amable; el marido siempre alegre; todo el mundo dice: Es una lindísima pareja, y parece que se aman mucho.

Solo Mollard está despechado, se araña, se desespera y murmura: Ya están casados... bueno, veremos las consecuencias!

Los primeros dias del matrimonio son siempre hermosos. Es un viaje que comienza en un tiempo puro y hermoso y que no promete mas que placeres. Adela es amable y hermosa de talento; Mr. Perronin es de genio alegre; y los dos se aman mucho mas desde que han sabido apreciarse mutuamente.

El único defecto de Adela era la pretension de no tener ninguna de las debilidades propias de su sexo, de querer ser una muger de carácter; el de Perronin era un amor propio que tocaba algunas veces en la susceptibilidad; lo que mas le hacia en el mundo era aparecer ridiculo ante la sociedad. Pero era de los primeros en tributar homenaje al talento de su marido, y él posa, vivian en la mejor armonía, y nada anunciaba que esa se esta buena inteligencia.

Sin embargo Perronin, que amaba á su muger hasta el extremo de tener celos si le parecia que miraba con detencion á un jóven, se acordaba algunas veces de la carta en que le decian que Adela ocultaba un misterio á su marido y que tenia remordimientos; lo que queria decir que habia cometido una falta; y bastante se adivina la especie de falta que una señorita jóven y linda puede cometer antes de casarse.

Tambien Adela, por su parte, se acordaba de lo que Mollard le habia dicho respecto de su marido: su obstinacion en mudar de casa y sus correrias nocturnas á deshora.

Como la calumnia regularmente es exagerada y desmedida, se ha reconocido su lealdad y ridiculez; y á pesar de esto, siempre deja impresos sus huellas. ¡Basile sabia bien lo que decia, y Beaumarchais no ha recargado el cuadro!

Uno de los primeros efectos de la maledicencia es hacer fijar la atencion en acciones sencillísimas que en otro tiempo hubieran pasado desapercibidas.

Al cabo de algunas semanas de matrimonio, notó Perronin que su muger mudaba de color algunas veces, al tiempo de sentarse á la mesa, y que no comia con el pretexto de una indisposicion.

Adela por su parte observó que su marido se levantaba muchas veces durante la noche, y cuando ella se despertaba y le preguntaba si estaba malo, Perronin se turbaba y le respondia con vaguedad.

En fin, un día, en una reunion en que habia mucha gente, se desmayó Adela despues de haber mirado á un apuesto jóven sentado junto á ella; y cuando recobró el sentido se empeñó en retirarse á pesar de las instancias de la sociedad. Instada por su marido á decir la causa de aquel incidente, dijo que el calor y el ruido. Mr. Perronin desde entonces perdió su buen humor, el maldito anónimo estaba siempre fijo en su pensamiento, y aunque amaba mas que nunca á su muger, no lo demostraba.

—Es menester que nos mudemos á otra casa, dijo Mr. Perronin á Adela el día siguiente de una noche que se habia levantado muchas veces; no quiero permanecer mas tiempo aquí.

—¿Y por qué razon? dijo Adela acordándose de lo que Mollard le habia dicho; me parece que aquí nos hallamos bien: esta casa es grande, cómoda y no muy cara; ¿por qué quierdes que nos mudemos?

Perronin da algunas vueltas por la sala sin saber qué contestar, y al fin se va diciendo:

—En fin, quiero que nos mudemos.

Desde aquel momento Adela estaba recelosa, inquieta, mil pensamientos la atormentaban; cuando estaba junto á su marido le examinaba con una atencion casi ridicula, algunas veces hubiera querido leer en el fondo de su alma; Perronin observaba de la misma manera á su muger; cuando dos esposos pasan el tiempo observándose, no se acarician, y por cierto no están muy alegres.

Mollard visitaba con frecuencia á Mr. y madama Perronin, porque la anciana tia vivia con los recién casados; y notaba con secreto placer que la ternura conyugal iba siendo menos espresiva; que cierta frialdad reemplazaba á la alegría y al abandono. Mollard se frotaba las manos (señal en él de completa satisfaccion) y decia para sí:—Ya hay alguna cosa; es imposible que no haya alguna cosa...

Como siempre nos gusta hablar de aquello de que estamos preocupados, una tarde que su marido estaba ausente, le dijo Adela á Mollard:

—Es singular, Perronin quiere mudarse á todo trance de esta casa.

—Bueno, ya empieza! exclama Mollard, dando un brinco en su silla; ya os previne... ¡Oh, y cuántas cosas tenéis que ver!...

—Pero en fin, Mr. Mollard, ¿qué idea tiene usted de mi marido?... es muy amable... me ama... no tengo de qué quejarme.

—¿Amable! ¿y eso que prueba?... los grandes malvados casi siempre son muy amables.

—¿Ah señor Mollard! pensareis acaso...

—Que vuestro marido está atormentado por atroces remordimientos... que no encuentra reposo en ninguna parte... y que como el Judío Errante, necesita siempre cambiar de lugar... de sitio...

—Vamos, es imposible...

—¿Entonces por qué quiere mudarse? ¿Os lo ha dicho?

—No.

—Ya veis que no se atreve á decirnos la causa... Y por la noche... ¿se levanta sin motivo alguno?

—Pero... yo...

—No quereis confesármelo... pero vuestra turbacion me lo revela todo. ¡Pobre niña!... A tiempo os lo advertí... ¡despreciasteis mis consejos!... Tiemblo por lo que puede sucederos; yo, en vuestro lugar, desde ahora pondria cama aparte.

Hallándose Perronin solo con Mr. Mollard, algunos días despues de esta conversacion, le dijo:—¿Conocia usted á mi muger antes de casarse?

—¿Oh! hace mucho tiempo que la conozco.

—¿Y es verdad que estuvo muchas veces para casarse?

—Es positivo.

—¿Y que ya que estaba todo arreglado perdia de repente el conocimiento?

—Es la pura verdad.

—¿Cuál podria ser la causa de esto? Qué razon alegaba despues para tales rompimientos?

—Ninguna razon mas que su voluntad!... esto ha sido siempre un misterio impenetrable.

—¿Y qué ha sido de ella?

—Ella se casó con un hombre que no se acordaba de ella.

—¿Y qué ha sido de ella?

—Ella se casó con un hombre que no se acordaba de ella.

—¿Y qué ha sido de ella?

—Ella se casó con un hombre que no se acordaba de ella.

—¿Y qué ha sido de ella?

—Ella se casó con un hombre que no se acordaba de ella.

—¿Y qué ha sido de ella?

—Ella se casó con un hombre que no se acordaba de ella.

—Pero en fin, usted que es amigo antiguo de la casa, ¿qué le parece á usted de esto?

—Lo que á mi me parece... no me atrevo á decirlo!... yo nunca me hubiera casado con una muger sujeta á tan extrañas debilidades... Eso no es nada bueno para un marido.

Los pérfidos discursos de Mollard impedían que renaciese la buena inteligencia entre los recién casados. Adela, por dar gusto á su marido, consiente en mudar de casa, y aun no lo habian hecho, cuando Perronin habla ya de mudarse otra vez: la jóven esposa está verdaderamente inquieta; Perronin lleno de celos porque su muger palideció al mirar á un jóven muy guapo; Mollard aguarda alguna escena violenta; solamente la anciana tia está tranquila y no se inquieta por nada.

El verano se aproximaba, y los novios piensan pasar algun tiempo en una lindísima quinta que posee madama Bremond junto á Montmorency; por darle gusto á esta señora invitan á Mollard á que los acompañe y disfrute de las bellezas del campo; Mollard acepta, tanto mas gustoso, cuanto que ha sabido hacerse el confidente del marido y de la muger.

La casa de campo está en una situacion encantadora: grandes arboledas la rodean y hermosas calles de álamos circundan el jardín.

—¿Qué placer el pasearse á la sombra de estos árboles! dijo Adela á su marido, ¿no te parece este campo delicioso?

En aquel momento una ráfaga de viento agitó los árboles, y el ruido del ramaje repetido en los valles, se asemejaba al murmullo de las olas del mar.

Perronin estrecha fuertemente el brazo de su muger, la arrastra hácia la casa y entra con ella. No sabiendo Adela qué pensar de aquel proceder y mal humor de su marido, se decide á preguntarle por la primera vez.

—No te gusta este campo?

—No... al contrario... es encantador...

—Entonces, ¿por qué me has hecho volver tan pronto, cuando yo te elogiaba los placeres del paseo? ¿Por qué estás inquieto, agitado, y mirando á todas partes?

—Yo inquieto!... agitado!...

—Sí, hace algun tiempo que no estás conmigo lo mismo que antes. Tú tienes alguna cosa... algun secreto me ocultabas...

—No, al contrario... mas bien eres tú la que tienes misterios que no quieres decirme.

—Yo!... ¿cómo has podido sospechar semejante cosa?

—Ah! señora... he observado tambien... me he convencido de que usted al darme su mano, me ocultaba secretos que no ha querido manifestarme!...

—Hombre, estás en tu juicio?

—Basta, señora, yo averiguaré mis sospechas.

Los esposos se retiran disgustados, y Mollard, que habia escuchado la querrela, se frota las manos con mas fuerza que nunca.

La comida fué triste: Adela está pensativa, y Perronin suspira al mirar á su muger. Por la tarde propone Mollard dar un paseo por el jardín; pero un fuerte viento conmovia los árboles y presagiaba una tempestad.

—Temo que haya tormenta, dijo Adela, y creo que haríamos mejor en quedarnos en casa; ¿qué te parece, amigo mio?

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

El jóven escritor D. Adelardo de Ayala, ha dado últimamente al teatro del Príncipe una nueva produccion que el público ha recibido bien, contribuyendo mucho á esta acogida la excelente ejecucion por parte del señor Romea. *El castigo y el perdón*, no es una gran obra, pero tampoco puede asegurarse que es una produccion detestable, como han dicho algunos periódicos: creemos que es digno de mas consideracion un drama tan bien escrito. Hay desaliño en la disposicion del argumento, el género á que pertenece no goza ya de gran aceptación; el público sin embargo ha aplaudido muchos rasgos notables, ha llamado al autor. El señor Ayala escribe con facilidad y correccion; su versificacion es siempre brillante; pero necesita arreglar con mas detenimiento el plan de sus obras.

Mucho ha llamado la atencion el drama de Scribe *Adriana Lecouvreur*, del cual haremos una ligera reseña.

Aparece la duquesa de Bouillon en su tocador acompañada de un vizconde tontuelo y frívolo que la persigue con sus lisonjas y que la entretiene hablándola de la corte y de la rivalidad de las dos actrices, Adriana Lecouvreur y la Duclos, las cuales van á presentarse en una misma noche en el *Bayaceto*. La duquesa sabe con satisfaccion que su esposo galantea á la Duclos y que la regala brillantes y hasta una magnífica casa de recreo. El duque de Bouillon es un sabio fanático por la química, y tiene el encargo de analizar un veneno muy activo que le entregan en un cofrecillo y que guarda en un neceser. El conde de Sajonia es el amante de la duquesa, y llega de Alemania para reclamar del Rey Luis XV dos regimientos franceses, con los cuales piensa reconquistar su ducado de Curlandia.

El conde lleva en el pecho un pequeño ramillete de que se apodera la duquesa; esta se muestra celosa, desea conocer á su rival, y encarga al vizconde que lo averigüe, ofreciéndole en cambio pagar de alguna manera sus obsequios. Da al conde de Sajonia una cita en la casa de recreo que su marido ha regalado á la Duclos: esta misma es su confidenta y la que le sirve en sus aventuras amorosas.

El acto segundo tiene lugar en la sala de vestuarios de la comedia francesa. Rigolet es el inspector del teatro y cuida de todo lo perteneciente á la escena. Rigolet ama á Adriana Lecouvreur, y está dispuesto á ofrecerse en matrimonio, cuando sabe que un jóven teniente llamado Mauricio posee el corazón de la célebre actriz. El duque de Bouillon y todos los demás nobles y libertinos de la corte visitan á las actrices, y el primero viene resuelto á vengarse de las infidelidades de la Duclos por medio de un rompimiento ruidoso. Con este objeto convida á cenar á toda la compañía á su casa de recreo: Adriana se decide á asistir tambien, porque sabe que verá allí al conde de Sajonia, y piensa recomendarle á su querido Mauricio, que no es todavia mas que teniente. Adriana deja su

vestuario y pasa á la escena, donde se la prodigan repetidos aplausos. Entra Mauricio, y deseando que Adriana sepa su llegada, escribe un billete y hace que se lo entreguen en lugar del que el inspector debía darle para que lo leyera en la escena. La alegría que experimenta Adriana al leer la carta, influye poderosamente en la expresion que necesita la escena que está representando; el entusiasmo del público es estremado, y la Duclos queda eclipsada. Rigolet, colocado junto á una puerta que da paso al escenario, está aguardando de ir contando al público los detalles de una representacion que tiene lugar dentro.

La duquesa espera en el tercer acto al conde de Sajonia en la casa de recreo, y este asiste únicamente á la cita para decirle que su corazón no la pertenece. Llegan los actores convidados por el duque, y la duquesa se ve precisada á esconderse en un gabinete. Su mismo marido la ha visto entrar, pero no ha podido reconocerla; cree que es la Duclos, y quiere cerciorarse; pero el conde de Sajonia se opone. Entra Adriana con las demás actrices convidadas, y queda sorprendida al reconocer en el príncipe de Sajonia al jóven teniente en cuyo favor iba á hablar. Rigolet asiste tambien al convite, y diciéndole que la Duclos está en el gabinete, entra en él para hablarla de cosas del teatro; pero sale á pocos instantes asegurando que no es la Duclos, sino una gran señora muy tapada. El príncipe de Sajonia quiere libertar á la duquesa del compromiso en que está, y confiando en la nobleza de sentimientos de Adriana, la pide su auxilio para hacerla salir sin que nadie pueda reconocerla. Adriana se presta al momento, apaga las luces, y lleva á la duquesa hácia una puerta secreta que conduce á los jardines. Antes de separarse, ambas llegan á comprender que son rivales: la duquesa recuerda haber oído en otra ocasion la voz de su libertadora; las dos se deciden por un momento á reconocerse, pero viene gente y la duquesa se resuelve á huir con harto sentimiento. Al atravesar los jardines se le cae un brazaletes de brillantes, que aquel mismo dia la habia regalado su marido; Rigolet lo encuentra y lo entrega á Adriana.

La duquesa no ha echado de menos su brazaletes, y solo piensa en averiguar quién es su rival. Adriana ha prometido al duque asistir una noche á su casa, con el objeto de recitar algunos trozos de las principales tragedias, y la elegante sociedad espera en el acto cuarto á la célebre actriz. Mientras llega se cuentan aventuras y chismes de la corte, y entre estos se habla de un acontecimiento que ha sorprendido á la gente del gran mundo. El conde de Sajonia está preso por una deuda de 70,000 francos. El embajador ruso ha adquirido este crédito con el objeto de alejar al conde de su país y frustrar así todos sus proyectos de conquista. El príncipe se presenta inesperadamente en casa de la duquesa, y la da las gracias, creyendo que ella ha facilitado la cantidad que habia dado lugar á su prision. Los celos de la duquesa se aumentan; ella no ha satisfecho la deuda del conde, y crece mucho mas su afán de conocer á la que posee el corazón del que fué su amante. Entra Adriana en los salones; la condesa recuerda la voz de su libertadora, y la reconoce; las dos se miran por un momento, y una sola mirada basta para que puedan comprenderse. Entre las diferentes aventuras que se cuentan, se hace mencion de la que habia tenido lugar en la casa de recreo del duque: ambas la refieren con alusiones terribles, y el interés del diálogo se aumenta hasta el extremo de enseñar la una el ramillete, y la otra el brazaletes, despojos de este encarnizado combate. El brazaletes pasa de mano en mano, y todos desearian reconocer á su dueña; nadie podria averiguarlo sin la repentina llegada del duque, que lo examina, y saca á todos de dudas, diciendo que él mismo se lo ha regalado á su esposa. La duquesa, como muger de gran mundo, conserva la mayor impassibilidad, y con la sonrisa en los labios replica á Adriana que recite algun trozo de cualquiera de sus tragedias favoritas. Adriana la complace representando algunos versos de *La Fedra*, en que hay alusiones que la duquesa comprende, y desde entonces jura vengarse enviando á su rival el cofrecillo que contenia el veneno, y dentro el ramillete que el príncipe le habia dado; Adriana lo lleva á sus labios y se envenena.

Aquí el traductor ha hecho una alteracion importante: la duquesa muere tambien envenenada, lo que no sucedia en el original. En el drama hay situaciones muy interesantes: no tiene un fin moral; muy al contrario, hay escenas bastante inmorales, que pasan y hasta se aplauden porque son muy cómicas. La ejecucion por parte de la señora Lamadrid y el señor Arjona fué excelente. En cuanto á los demás actores, hablando imparcialmente, no podemos decir lo mismo.

Los teatros del *Instituto* y *Varietades* viven pobremente, poniendo en escena el primero comedias muy malas, y no atreviéndose el segundo á representar ninguna nueva. Como único medio de matarse el uno al otro, suelen ejecutar una misma comedia en ambos teatros y tambien en el mismo dia, eligiendo precisamente traducciones que el público conoce mucho, creyendo que esta rivalidad ha de darles algun resultado favorable.

El *Circo* anuncia una comedia del señor Rubí, titulada *Fortuna contra fortuna*, representada en Madrid hace algun tiempo, sin tener en cuenta que el personal de la compañía vale bien poco para poner en escena cierta clase de obras.

Todavía no hemos visto en lo que va de temporada una produccion original notable. Se habla para el beneficio del señor Calvo en el Príncipe, de un drama de don José María Diaz titulado *Andrés Chenier*. Tambien hemos oido hablar con elogio de otras dos obras dramáticas de los señores Suarez Bravo y Hurtado. El señor Cazorro está concluyendo otra comedia, y el señor Asquerino (D. Eduardo) una refundicion de la del teatro antiguo *Entre bobos anda el juego*. Finalmente, la señora Avellaneda prepara una loa para el próximo alumbramiento de S. M.

F. M.

ADVERTENCIA.

Una larga y penosa enfermedad de la señorita Coronado ha sido la causa de que se suspenda la publicacion de su interesante Paseo desde el Tajo al Rhin. Sirva esto de respuesta á las cartas que recibimos, pidiéndonos con empeño la continuacion, que afortunadamente creemos no se hará esperar mucho.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

EL ESCUDO DE SHAKESPEARE, POR LUK LIUNER.

Existe en Inglaterra una obra muy curiosa, aunque un poco rara, pero que sin embargo es reputada como un homenaje rendido á la gloria de Shakespeare; es un escudo que representa las escenas de la vida con frases tomadas del gran poeta.

Al rededor del medallon central se lee: «Todas las palabras son comedia; los hombres y las mugeres son los actores de este drama, un hombre solo puede desempeñar muchos papeles, porque su vida tiene siete edades, y esta es un drama en siete actos.»

En el centro hay un guerrero que se lanza saltando por cima de todos los obstáculos, y va á recorrer el mundo: Shakespeare es el poeta que canta sus hazañas, y junto á él hay dos ángeles que le acompañan con sus arpas.

Al rededor del medallon central están representadas las siete edades de la vida: un niño recién nacido, uno que va á la escuela, que se enamora despues, á quien se ha hecho soldado, que viene á ser magistrado, que apartándose de todos los placeres del mundo se dedica á los mas profundos estudios: la sétima le representa hecho un viejo achacoso é impotente, cuya vida está para concluir.

Este escudo, que ha sido espuesto por MM. Leiqueton, es uno de los productos mas brillantes de la industria; el pensamiento del anciano William ha sido perfectamente espresado por el eminente artista Luk Liuner.

PIANO POR M. COLLARD, DE LONDRES.

Hemos dado ya algunos dibujos de los pianos espuestos en Londres, pero el de M. Collard que ahora manifestamos es un testimonio de la alianza formada entre la industria y la ciencia, entre la escultura, la ebanisteria y la ciencia de los efectos armónicos. Tan bella es su construccion y tan dulces las melodías que ha sabido arrancar al metal de sus cuerdas.

ESTATUA DEL GENERAL DAMERUCE, FUNDIDA EN BRONCE POR M. SAINT DENIS, É INAUGURADA EN FONTAINEBLEAU EN AGOSTO DE 1850.

Leonardo Adolfo Doedat Maria, nació el 24 de febrero de 1807 en el palacio de Fontainebleau. En 1827 fué nombrado subteniente, y en junio de 1848 era ya general de brigada, habiendo pasado por todos los grados de la milicia. Murió en las jornadas de junio.

LA MUERTE DE JESUCRISTO, POR EL PROFESOR RIETSCHER, DE DRESDE.

Hé aquí un retablo digno de ser colocado entre los mejores que han sido esculpidos ya por Mr. Rietscher para los principales monumentos sajones. El pensamiento de este hermoso cuadro es uno de esos asuntos que prestan siempre á la imaginacion inspiraciones bellas, porque la religion es el inagotable manantial de lo grande y de lo bello.

La obra del artista no es ciertamente nueva; pero espresa con toda verdad el sentimiento profundo de una religiosa contemplacion.

SARTIC DE BIZCOCHO, DE LOS ALEMANES: DE M. GUNTER DE LONDRES.

Este elegante ramillete ha sido modelado en bizcocho por Mr. Gunter, por uno construido por un artista italiano muy célebre.

El estilo es muy original, la copa es de estremada delicadeza, se deja ver en él sobre todo el gusto con que están puestas las flores que le adornan, y la armonia del grupo de amorcillos que hay en su parte superior, uno de los cuales sostiene un hermoso canastillo.

La masa de que está formado es una especie de porcelana cocida en horno, de un blanco mate. Una de las cualidades de esta masa, es la de recibir la luz de modo que se pueden observar perfectamente los efectos de la sombra.

AMAZONA COMBATIENDO Á CABALLO CONTRA UN TIGRE, POR M. KISS.

Hasta ahora no se ha hecho uso del cinc sino para cubrir los edificios; pero en el dia tiene aplicacion con el mejor éxito en todas las obras de escultura.

La estatua cuyo dibujo presentamos está situada enfrente del Museo de Berlin, y se debe al sabio escultor M. Kiss. Jamás guerrera alguna de la Capadocia ha sostenido una lucha cuerpo á cuerpo con mas valor que el grupo á que este artista ha sabido dar vida.

La yegua jadeante se encabrita llena de bríos al sentar sobre su pecho las aceradas uñas de un tigre; pero la actitud de la Amazona es tan amenazadora y de tanta intrepidez, que no queda duda al verla de que conseguirá la victoria, y el escultor puede gloriarse de haber animado un metal que antes solo servia para cubrir las azoteas de los edificios.

VINAGERAS DE BRONCE.

Indudablemente Mr. Villemens es el que ha demostrado mas gusto en la fabricacion de objetos de iglesia, como se deja ver en las dos preciosas vinajeras que representan los grabados. Sin embargo, el artista ha tenido el capricho de poner en ellas alegorias de caza, nada propias en verdad para objetos sagrados.

TINTERO DE HOJAS POR M. SUSSE.

Este tintero, formado por la misma naturaleza, es de bronce y plata. La habilidad y gusto delicado de Mr. M. Susse, ha tenido muchos imitadores entre los artistas, y una gran aceptación entre la gente de buen tono.

LOS ÁNGELES ADORANDO Á LA VIRGEN Y AL NIÑO.

Mr. Certes de Sovain ha presentado en la Esposicion un grupo de madera, cuyo grabado ha sido formado por el di-



bujo al daguerreotipo hecho por Mr. Claudet de Londres, y de cuya exactitud salimos garantes.

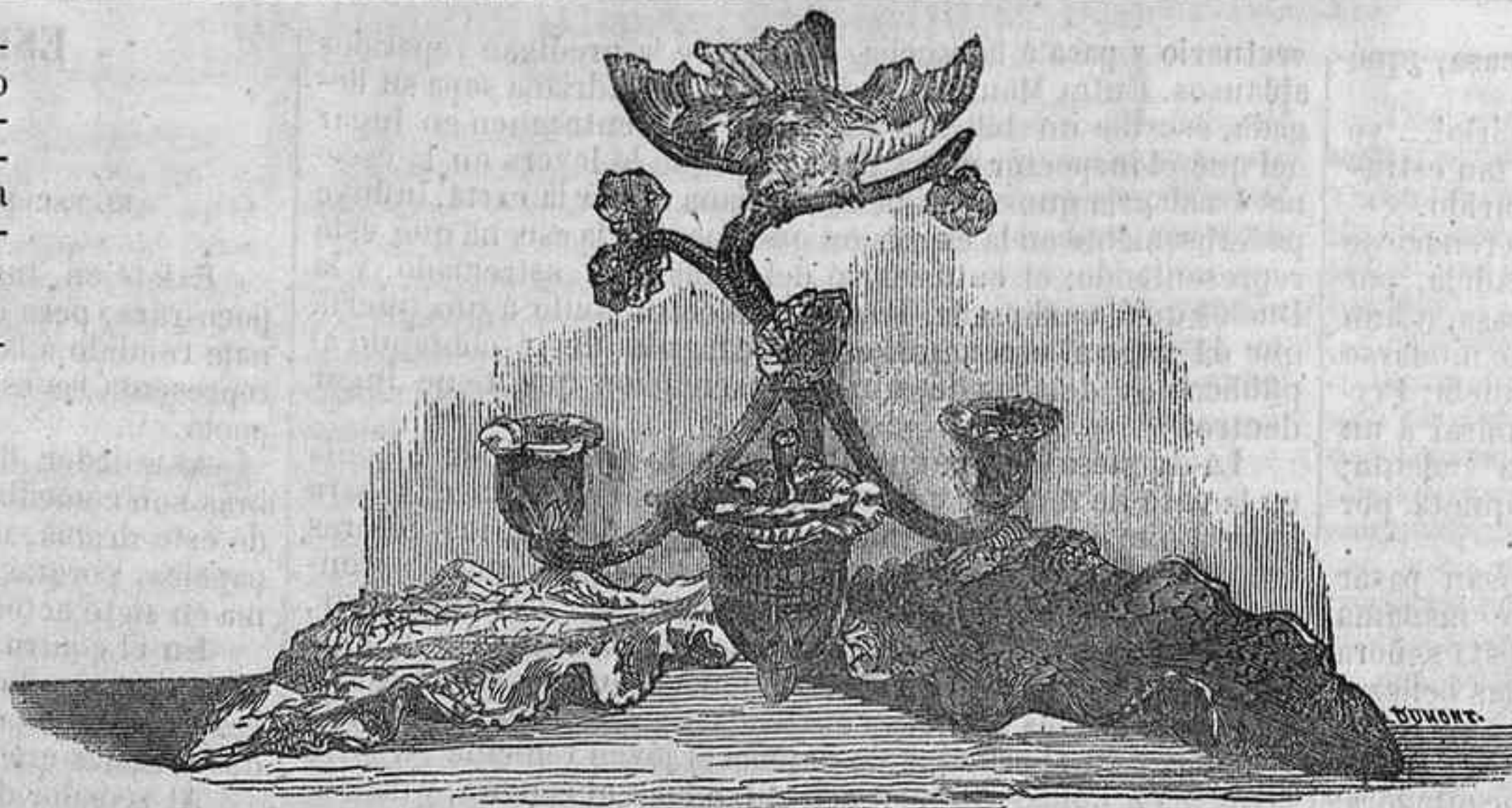
OBJETOS DE PLATA DE M. JOSEPH ANDELL.

Ofrecemos á nuestros lectores algunos objetos de gran precio construidos en las fábricas de M. Andell. La mayor parte son de oro y plata y de un trabajo delicadísimo.

Los que hoy presentamos son:

Un vaso de plata casi cubierto por un

Vinagreras de bronce.



Tintero de hojas por M. Susse.

emparrado de oro cincelado con la mayor finura.

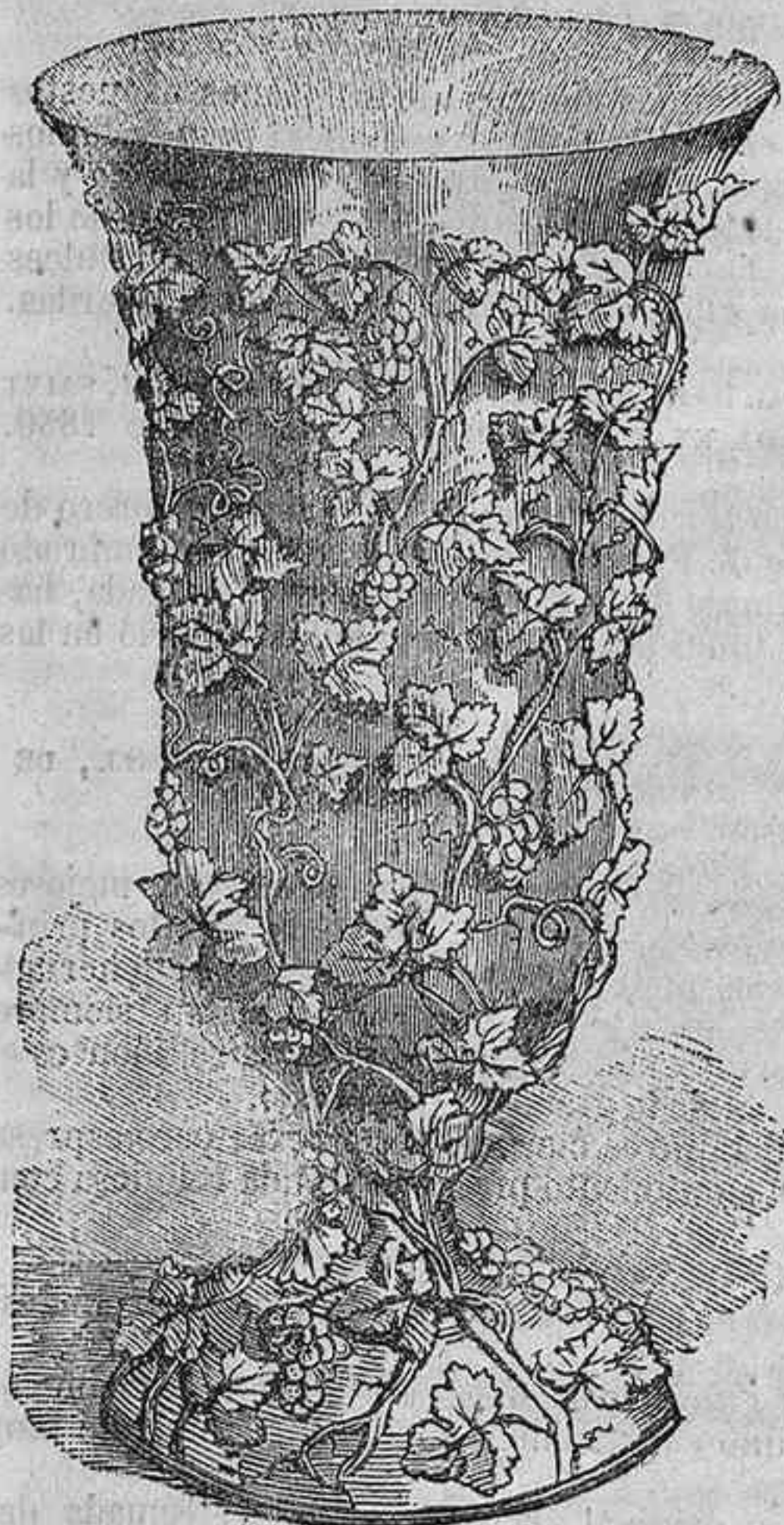
Un cáliz de una forma delicada, aunque nada nueva, cuyo esmalte es del mejor gusto.

Un jarro con tapa de figura antigua, con ocho caras que, como otros tantos espejos, reflejan con la mayor claridad los objetos.

Y una botella de una construcción elegante y airosa, como todas las obras que salen de las fábricas de M. Joseph Andell.



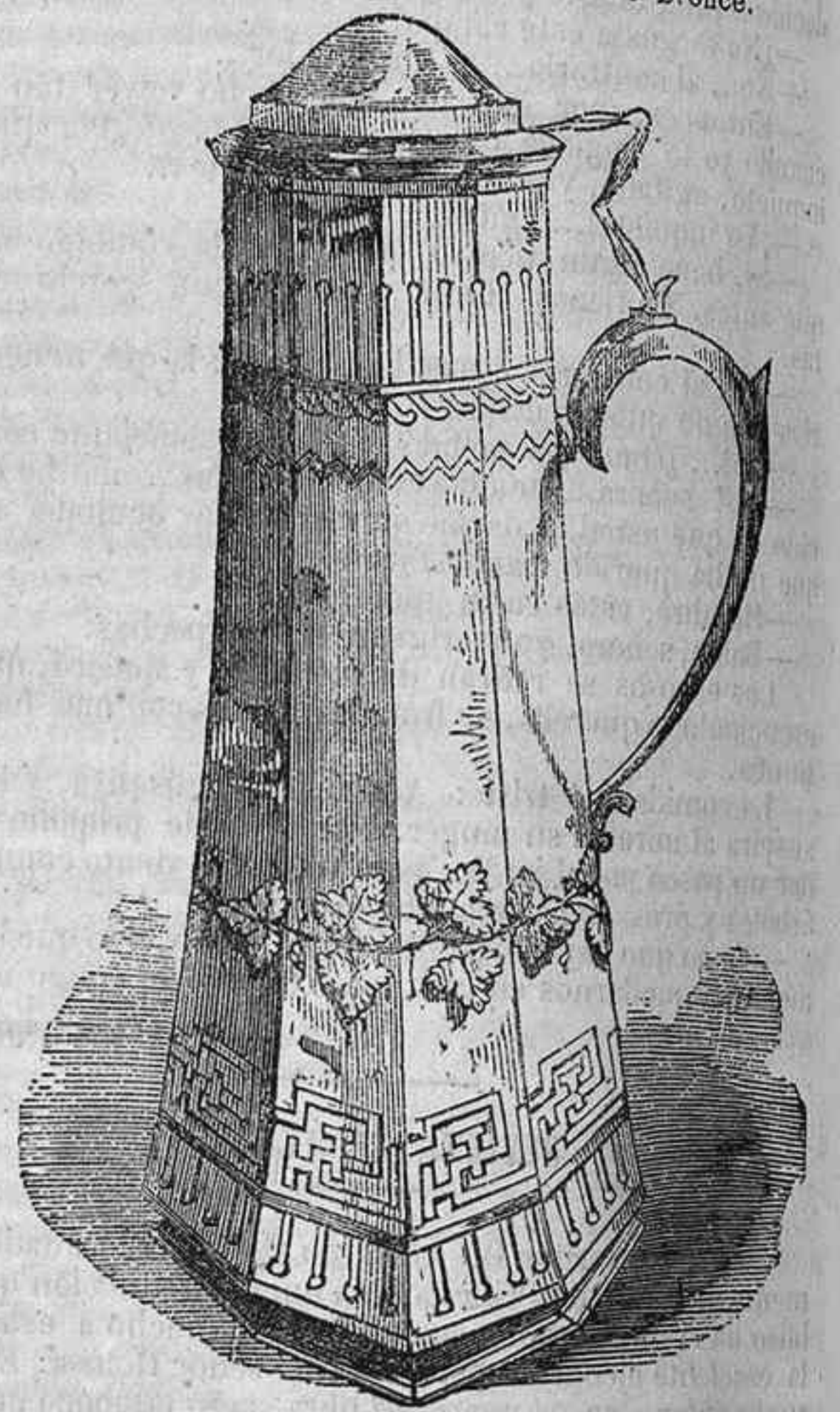
Vinagreras de bronce.



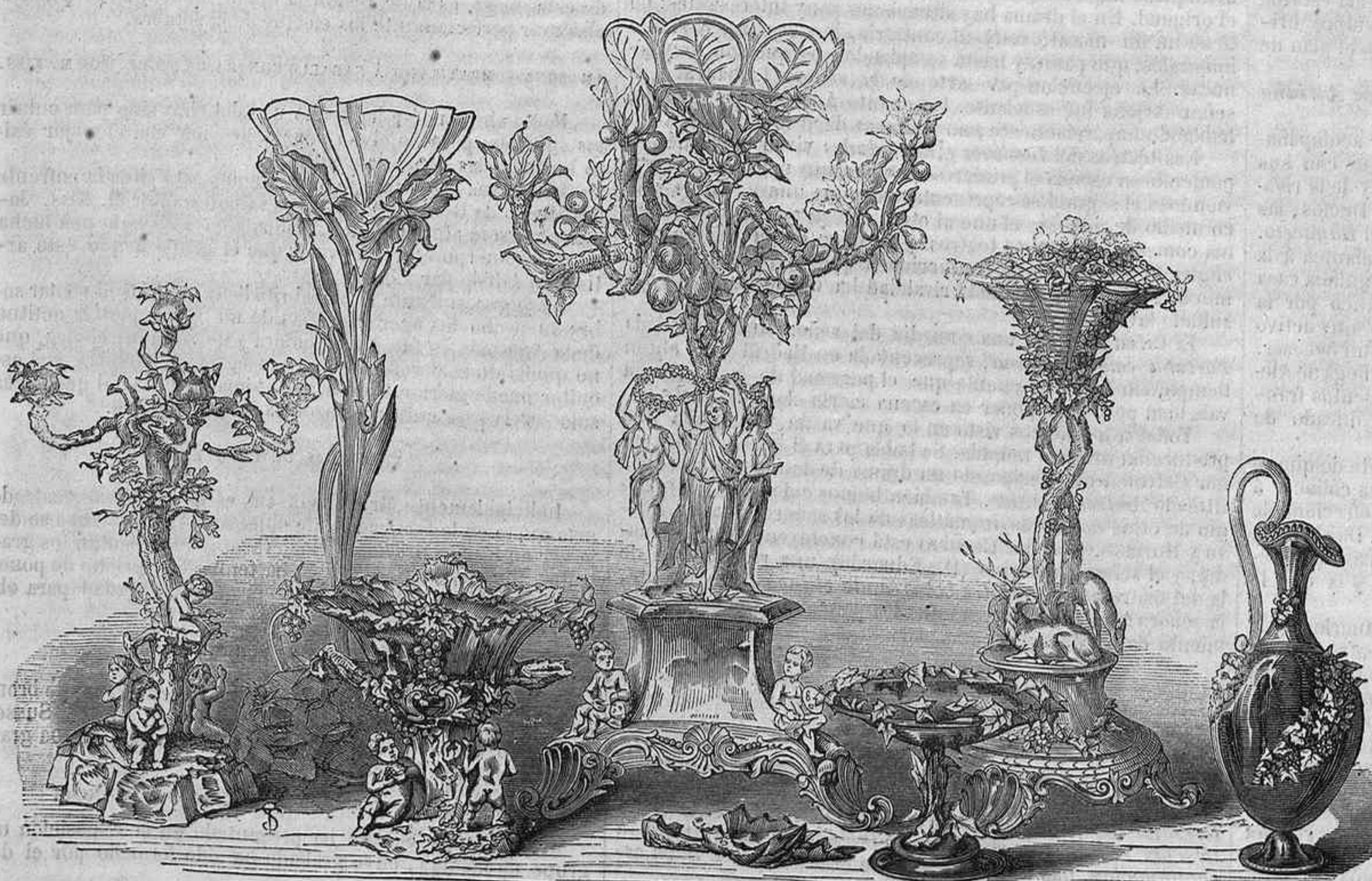
Vaso para flores.



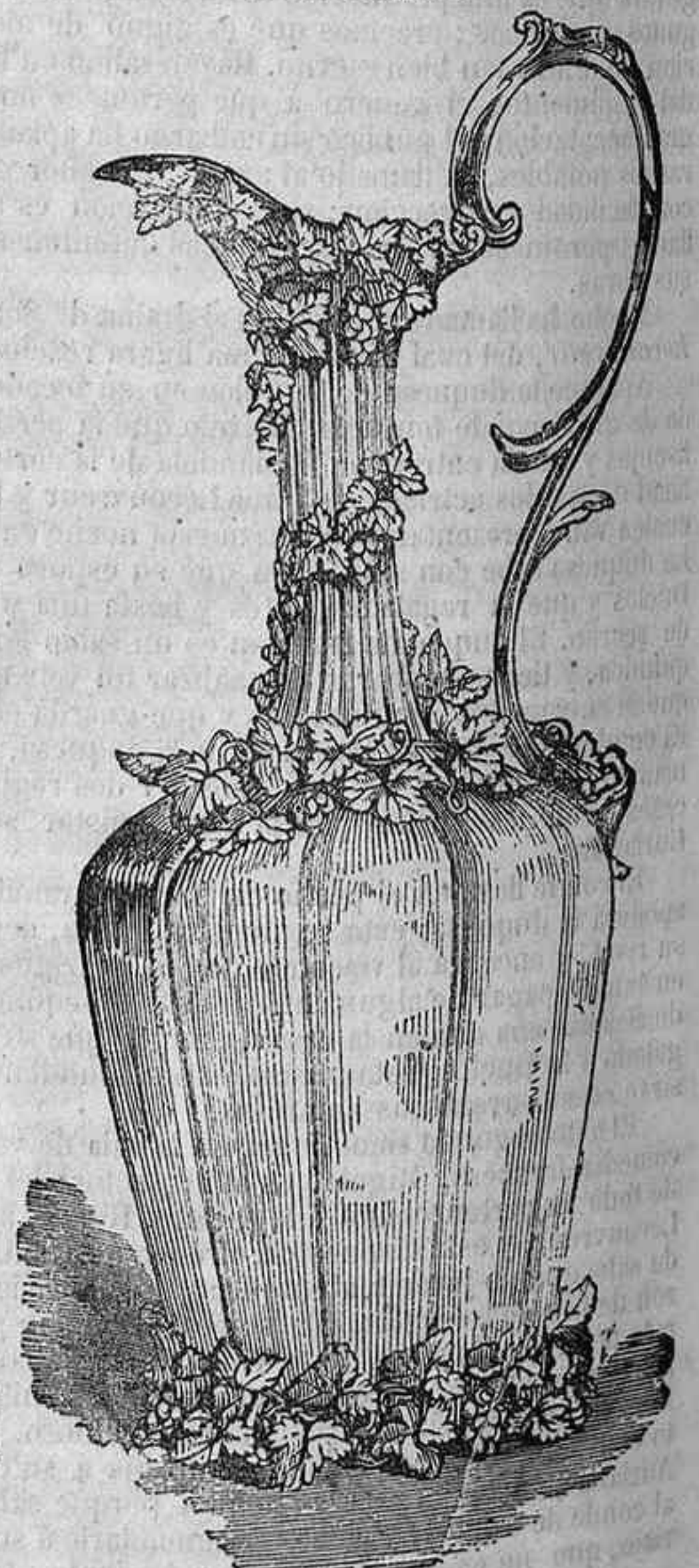
Los ángeles adorando á la Virgen y al Niño.



Cafetera inglesa.



Objetos de plata de Andell.



Jarron para vino.

REDACTOR Y PROPIETARIO. DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANERO PINTORRSCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

Vertical text on the right edge of the page, likely from an adjacent page or a scanning artifact.